

Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 24 de Enero

Núm. 4

Año XII. No. 524

SUMARIO

Un discurso de Avellaneda.....	Julio Aramburu	Un express sobre las olas	Consuelo Trigo de Azuola
El libro y su lectura	Nicolás Avellaneda	El «home necio» del Arcipreste.....	Juan del Camino
Bucólicas virgilianas.....		Siete décimas	Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña
De los amigos norteamericanos en Hispanoamérica.....	Rebecca Kaye	La mala obra de Raymond Leslie Buell.....	Salomón de la Selva
La hora del Perú.....	Magda Portal	Mi montaña.....	F. Amighetti
Motivos de Año Nuevo.....	Persiles	Bibliografía titular.....	
Letras hispanoamericanas.....	Georges Pittement		

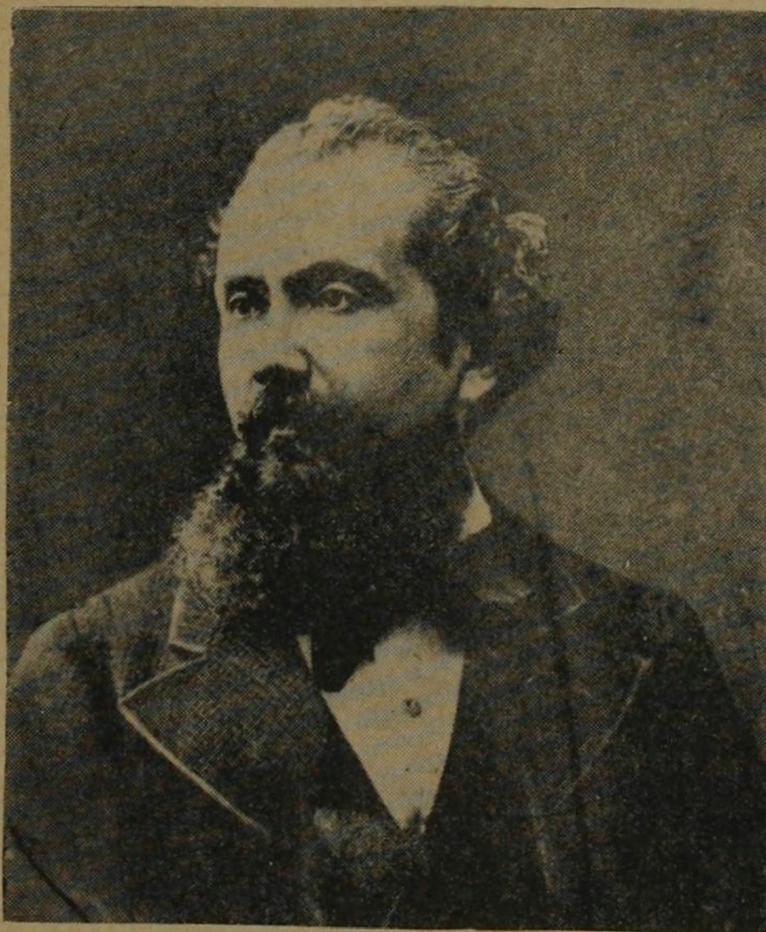
Un discurso de Avellaneda

=De La Prensa, Buenos Aires.=

La ciudad de Tucumán había amanecido presa de un inusitado movimiento de entusiasmo. Flameaban las banderas en los edificios y en algunas calles los arcos triunfales glorificaban la jornada de la fiesta. A la mañana nublada y desapacible fué sucediendo una tenue claridad de perla, un tibio resplandor de primavera. El cielo opaco se tornó límpido y brillante, y a lo lejos comenzó a destacarse la recia armazón del Aconquija. Poco a poco, la gente iba abandonando los hogares y concentrando su destino en el improvisado edificio ferroviario. Allí, en medio del flamante andén, levantaban los postes la simbólica decoración de los gallardetes azules y los escudos patrióticos. La muchedumbre arreciaba su curiosidad frente al templo sin naves del progreso, donde la primera locomotora descansaba su fatiga como un dragón sonoro.

Finalizaba octubre de 1876. Hacía pocos días que el Presidente Nicolás Avellaneda había llegado para inaugurar el nuevo tramo del ferrocarril nacional. Córdoba y Tucumán quedaban unidas con las vértebras de hierro, y la trascendental hazaña merecía celebrarse. He ahí la causa del regocijo popular y la desbordante inquietud de los espíritus. La presencia de Avellaneda resultaba un verdadero acontecimiento para la gratitud social. Volvía a la tierra natal, de donde partió pobre e ilusionado, hecho un hombre ilustre, trayendo sobre su pecho la más alta insignia con que los pueblos premian a los mejores servidores de la patria. Muchos ciudadanos no lo conocían personalmente y otros que lo vieron cuando niño, deseaban estrechar la mano del gran predestinado.

Por eso, aquella mañana de júbilo, todas las clases sociales apretaron su unidad en el libre



Nicolás Avellaneda

El libro y su lectura

=De la obra *Escritos literarios*, por Nicolás Avellaneda. Edición de *La Cultura Argentina*. Buenos Aires, 1915.=

San Juan Crisóstomo, el apóstol de la beneficencia, ha escrito, para expresarla, su más bella y completa definición. La caridad es el don de sí mismo, y el hombre tiene mucho que dar. Puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento y en cuanto posee los bienes exteriores que satisfacen las necesidades físicas de la vida.

Será siempre un acto grato y santo cubrir la desnudez y aliviar el hambre con el lienzo y con el pan de la limosna; pero el don de nosotros mismos por la inteligencia y por el sentimiento, es el atributo de la caridad por excelencia. Los apóstoles recibieron como misión suprema la de la enseñanza.

La sociedad moderna ha inventado la Biblioteca popular; y estamos desde entonces todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una fuente de elevados sentimientos, para ilustrar y re-

(Pasa a la página 57).

espacio de la estación ferroviaria. En los palcos, las familias destacaban la cambiante belleza de los años. Damas graves y muchachas bulliciosas, presididas por la viviente reliquia de doña Dolores Lavalle. A la hora señalada, se oyó un saludo militar, y entre una agitación de banderitas y voces infantiles, se abrió paso en la densa multitud la brillante comitiva. Allí venía el Presidente de la República, acompañado por Domingo Faustino Sarmiento, el gobernador Tiburcio Padilla, el Ministro de Chile e ilustre historiador Diego Barros Arana, el rector del colegio José Posse, el Ministro Provincial Pedro Alurralde y otros hombres prominentes. Avellaneda avanzaba con paso ceremonioso, agradeciendo los aplausos de sus conciudadanos. En la hora luminosa, los rasgos físicos del primer magistrado adquirían un relieve singular. Su figura menuda y elegante parecía agigantarse, resaltando su cabellera ondulada, la frente dominadora, la barba faraónica y los ojos bondadosos y serenos. Sarmiento caminaba con firmeza, apoyado en el recio bastón, orgulloso de sí mismo, el gesto ceñudo y el ademán inquieto. Hablaba sin fatiga y escuchaba con dificultad, mirando a todos lados, satisfecho por la sostenida ovación popular.

Cuando llegaron al sitio oficial, el público se arremolinó tras la comitiva. Se apagó el eco de los clarines y el golpe de las manos, y en su lugar los videntes personales irrumpían su fervor de exaltación. De pronto, se hizo un gran silencio y, alzado en la tribuna, Avellaneda comenzó a leer sus cuartillas. La voz lenta, fresca y musical expandióse en el aire como una advertencia, para luego adquirir un tono sugestivo y elocuente. El acento claro y varonil llegaba a los oídos como una ráfaga

melódica, Era la cualidad armoniosa del verdadero orador, que da a las palabras su música interior y a las ideas el dominio de su influjo. La realidad de la obra, la grandeza de la inauguración, habían inspirado el vuelo de los mejores pensamientos. Aquel discurso iba a ser una pieza de honda trascendencia en el recuerdo de su vida y la acción de su gobierno.

Empezó hablando sobre la vinculación provechosa que ofrece el ferrocarril al valor de la tierra, la creación de las industrias y el progreso del comercio. La maravilla mecánica, hecha por el ingenio humano, transformaba el destino de los pueblos. «Vivimos, decía, en esta América los días maravillosos de otro Génesis, y será contado entre ellos el día en que se vió por vez primera a la locomotora partir desde el majestuoso estuario del Plata, agigantando sus alas de relámpago y volando sobre los rieles de acero para detener después de breves horas su carrera vertiginosa en el centro del continente y a la falda del Aconquija».

Presintiendo el futuro engrandecimiento de la línea ferroviaria, agregaba: «Cuando queramos contar la epopeya de la guerra, diremos: traspusimos con San Martín los Andes, No ejecutamos ya otras hazañas sino las del trabajo creador y pacífico; pero no daremos por terminada la tarea sino cuando podamos también decir: he aquí el último canto de la nueva epopeya. Las ramificaciones de los Andes no nos han detenido y tendremos el último riel de hierro al frente de la frontera boliviana. Hemos luchado con el coloso mismo y éste ha inclinado de nuevo «la ardua frente para que pase otra vez el vencedor».

El recuerdo natal, la belleza del paisaje, le arrancan estas hermosas palabras sobre Tucumán. «¿La veis elevando con esfuerzo los blancos campanarios de sus iglesias sobre la corona de naranjos y limoneros que la circundan? El naranjo y el limonero que producen flores y frutos que embalsaman el ambiente de las tardes con sus perfumes, alimentan al pueblo, dan techumbre a sus hogares, son sus árboles predilectos porque son su emblema asociando lo útil a lo bello. No hay suelo hermoso sino el suelo fecundo».

«Buscaremos mañana, proseguía, al

Tucumán de la leyenda poética y lo encontraremos penetrando en la espesura de las selvas, escuchando sus rumores sordos que parecen los ecos doloridos de una lejana y vaga tristeza o viendo descomponerse los rayos vívidos del sol sobre las copas movedizas de los árboles para caer en hebras de luz matizadas de los colores infinitos. Pero lo encontraremos más cuando ascendamos sobre la cumbre de las montañas, en medio de la transparencia de la atmósfera que aleja y hace desaparecer los horizontes, viendo los bosques descender en graderías hasta la llanura y ésta abrirse y dilatarse en panoramas formados por los árboles, por las sombras y por los variados matices del campo fértil; al mismo tiempo que el ojo abarca el mayor espacio sometido jamás a su inspección, el pecho se dilata y se respira con expansión indecible, respondiendo instintivamente los versos de Goethe que Humboldt recordó en las cimas del Chimborazo: «Sobre la montaña mora la libertad».

La aprobación sonora de las palmas innúmeras, interrumpió el emocionante giro de las palabras seductoras. En seguida, trazó una bella evocación de la época ateniense para demostrar la utilidad maravillosa del arte y de la ciencia, el valor supremo del pensamiento y la cultura. Aquella enseñanza repercutía en todas las formas creadoras y eternas del progreso. Respecto al reflejo de esa acción sobre las cosas de la tierra, señalaba: «La inteligencia humana habrá pasado entonces como un soplo de vida aunando la segunda creación. El nuevo Tucumán se presentará transformado y embellecido, y si Dios nos depara la suerte de verlo otra vez, lo saludaremos con el grito de admiración del poeta latino: ¡Oh, hija más hermosa de tu madre hermosa!».

Antes de terminar la brillante exposición afirmó que «el ferrocarril iba a ponerse al servicio de un pueblo que practica las instituciones libres, cultiva el suelo y educa a sus hijos. El hecho presente es grande, pero no debemos absorbernos en su contemplación. No nos es permitido olvidar que sólo estamos en una estación del camino, que las dos grandes vías férreas que buscan por el Oeste y el Norte los confines de la Nación no pueden quedar suspendidas, por-

que ellas llevan dentro de sus líneas paralelas el progreso para los pueblos y la unidad para la República. No hay crisis para los trabajos necesarios y ampliamente reproductivos; y deben ser siempre atendidos, en los días de escasez con poco y en los días de abundancia con mucho».

Los diferentes pasajes del discurso fueron saludados con resonante admiración. Pero cuando Avellaneda, apartándose de los asuntos públicos, hizo una íntima confesión, el arrebató de la muchedumbre se tornó en una inenarrable exaltación. «Permitidme ahora, decía emocionado, una expansión personal que es la primera y que será la última en mis discursos públicos. He vuelto a mi ciudad natal tras de largos años. Quería después de tantas fatigas ver nuevamente los rayos de su sol y esperaba anhelante las brisas tibias de la tarde que jugaron con mis cabellos de niño para que refrescaran mi frente con su blando y perfumado aliento. Doy gracias a todos por haber encontrado estas acogidas penetrantes de cariño y palpitantes en su efusión que indentifican a un hombre con millares de hombres y que hacen experimentar la suprema de las emociones: la ebriedad del corazón».

La obra del ferrocarril que acababa de inaugurarse, habíase ejecutado en los momentos más difíciles para la Nación. La situación económica del país era verdaderamente grave. El Presidente Avellaneda tuvo que luchar con heroica voluntad, con patriótica abnegación de sacrificio. La conspiración revolucionaria amenazaba a cada instante y el descenso de la renta pública modificaba en forma dramática la ley de presupuesto. El gobierno tuvo que buscar extraordinarios recursos financieros en empréstitos internos, garantías de créditos, reformas de percepción fiscal. Fue entonces cuando el sereno hombre de los códigos y el gran estadista planeó para salvar la crisis, mucho antes que Carlos Pellegrini, las bases fundamentales para crear el indispensable Banco de la Nación.

Esa circunstancia no la olvidó el gobernador Tiburcio Padilla al confesar ante el pueblo la sincera gratitud de Tucumán. «Esta obra, decía elevando el metal de su voz, ha encontrado obstáculos de todo género para su realización y los que la han llevado a cabo se han hecho acreedores a la consideción del pueblo argentino. Los trastornos políticos que se han producido en los últimos tiempos, las dificultades económicas que fueron su consecuencia, las preocupaciones que aún no hemos podido sacudir, nos hicieron un día hasta desesperar de la pronta terminación de esta línea ferroviaria. El recuerdo de empresas de menos magnitud que habían fracasado en épocas más tranquilas y prósperas, influía poderosamente en el ánimo para aumentar el desaliento que por todas partes se manifestaba. Hoy las esperanzas de los que confiábamos tranquilos en el patriotismo de los hombres que están frente de los destinos de la República y en la actividad de los empresarios que se hallaban comprometidos

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

PLENA GARANTÍA DEL ESTADO

Seguros sobre la Vida-Incendio

Accidentes del Trabajo-Transportes Marítimos

Capital ₡ 4,000.000.00

Reservas diversas al 30 de Noviembre 1930. 4,240.967.87

Pólizas en vigor a la misma fecha. ₡ 73,863.537.02

ante el país, se han tornado en la más halagüeña realidad».

«Debo igualmente manifestar en nombre de mis comprovincianos, agregaba, nuestra gratitud al ilustre ciudadano don Domingo Faustino Sarmiento, bajo cuya administración se inició esta obra. Él empezó lo que vos habeis concluido en medio de la crisis y de la falta de recursos, uniendo vuestros dos nombres en este gran hecho, como están unidos en todas las instituciones que han desenvuelto y mejorado la educación del pueblo. He aquí por qué la Presidencia de uno vino después que la del otro, como dos hechos naturales que se explican por sí mismos y se complementan. Terminó manifestando a V. E. que el pueblo tucumano os saluda por mi intermedio, no sólo porque mira en V. E. el digno hijo del noble mártir que se sacrificó heroicamente por la libertad, sino muy principalmente al primer Magistrado de la Nación a quien Dios ha concedido, en medio de las dificultades

de su gobierno, presentar a la tierra de su nacimiento el elemento más poderoso de su futura grandeza».

En realidad, el discurso que había pronunciado el Presidente de la República en Tucumán tenía un significado profundamente nacional. Pronunciábalo frente al gran Sarmiento, que en su vejez gloriosa iba a compartir también el reconocimiento justiciero de la historia. Y es que la obra de los hombres en las funciones públicas tiene una enseñanza de reveladora utilidad social. Sirve para demostrar los valores supremos de la aptitud humana en la noble intención del pensamiento y la recta afirmación de la conducta. El caso de Avellaneda, realizando en medio de las adversidades políticas los grandes problemas de gobierno, era una admirable lección de moral cívica. La juventud debe meditar el aleccionador ejemplo de su palabras fecundas, recordando que el verdadero ideal del Estado es una ejecutoria de honradas virtudes ciudadanas.

Julio Aramburu

Bucólicas virgilianas

= En la traducción de FRANCISCO DE P. HERRASTI, Prof. de Lengua y Literatura Latinas en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México. =

Décima bucólica

(Véanse las bucólicas 1.^a, 3.^a, 4.^a y 6.^a, en el tomo pasado)

Ocasión del poema

C. Cornelio Galo, caballero romano, nacido en Fréjus, Forum Iulii, 70 años A. C., amó ardientemente a Volumnia, una liberta de Volumnio Eutrappelo, llamada Cytheris en el mundo. Había sido antes amiga de M. Antonio y de otros; y ahora se ha ido a las Galias y al Rin con la expedición de Agripa, y siguiendo a un soldado incorporado en ella; y dejando abandonado a Galo que ha quedado bajo Octaviano defendiendo las costas de Italia contra los ataques de Sexto Pompeyo. Volumnia es llamada Licoris en la bucólica. El tiempo de ésta es pues el invierno de 38 años A. C. o el principio de la primavera siguiente, como se saca de los versos 23, 46 y siguientes.

Galo fué un distinguido orador, poeta y político. Escribió cuatro libros de elegías, que llamó Amores, muy elogiadas de Ovidio, quien consideraba a Galo el primer poeta elegíaco de Roma. Dichas obras se han perdido, y no queda de ellas sino el fragmento conservado en De Fluminibus de Vibius Equester. Galo fué condiscípulo bajo Sirón de Virgilio y de Varo. Además tradujo en latín al poeta griego Euforión de Calcis, como se alude en el verso 50. Ya en su vida pública los triunviros lo nombraron para coleccionar fondos entre las villas transpadanas que no eran repartidas; y en dicha época Galo atacó a Alfenio Varo en un discurso reprochándole repartimientos inicuos del territorio mantuano, por lo cual ya merecía la buena voluntad de Virgilio, además de la amistad antigua. Galo fué partidario de Octaviano; y éste lo hizo prefecto de Egipto; pero su manejo aquí lo hizo caer en desgracia del príncipe, y así fué condenado al destierro, y después se suicidó, en 26 años

A. C. Los escritos principales sobre Galo son C. Voelker de C. Galli Vita et Scriptis, 1840; y A. Nicolás, De la Vie et des Ouvrages de C. Gallus, 1851.

Materia del poema

Virgilio mismo, en hábito de cabrero, está sentado bajo un enebro al atardecer de un día de invierno o de principios de primavera; y mientras teje una canastilla y sus cabras pacen, relata los amores desgraciados de Galo por Licoris. Virgilio ha presenciado la escena que relata. Galo yace sentado en los montes de la Arcadia, bajo una roca; pero al propio tiempo aparece ser un soldado en campaña en Italia, y también pastor de ovejas. Virgilio comienza diciendo que ha pensado dar término a su poesía bucólica; e invoca a la fuente de Aretusa, la famosa fuente de Sicilia, ahora que va a decirle a Galo sus últimos versos, que también quiere que lea Licoris. Y agrega que las selvas lo oirán mientras sus cabras pacen. Se convierte Virgilio a las Musas, y les pregunta que dónde estaban cuando Galo perecía de amor, ya que los lauros, los tamariscos, el Ménalo, el Liceo, las ovejas, los pastores, los porqueros, Menalcas, todos lo lloraron y consolaban de su amor; y también Silvano, Pan y Apolo. Todos estos le hablan a Galo diciéndole que de dónde le ha venido semejante pasión, y que porqué extrema así su dolor cuando Licoris se ha ido con otro por nieves y campamentos; y que si le pondrá término a su pena, ya que el Amor no sabe de piedad. Galo les responde a los pastores que siquiera cantarán ellos sus amores, y que cuánto descansarán sus huesos entonces; y que ojalá fuera él uno de ellos, y tuviera

las consolaciones amorosas de la pastora; y entre veneros, prados y bosques muriera de viejo junto con Licoris. Pero que la afición guerrera le detiene entre las armas, mientras Licoris se va por los nevados Alpes al Rin. Prosigue diciendo que se irá con ellos, y que cantará poesía pastoril; y que ha decidido sufrir mejor sus amores en los bosques, y escribirlos en los árboles, que crecerán con ellos; y que recorrerá el Ménalo entre ninfas, cazando jabalíes y rodeando de perros las cañadas a despecho del invierno. Exclama que ya se mira ir por peñas y bosques, y disparar flechas, como si esto fuera remedio para su locura, o que las penas de los hombres supieran ablandar al Amor. Entonces Galo se corrige diciendo que no; que ya ni las dríadas, ni los versos mismos le complacen; que al contrario se irá del campo, pues sus males son incapaces de hacer cambiar al Amor, ni aunque soportara los más duros fríos o los calores más fuertes. El Amor vence todo, exclama; y él se da por vencido. Aquí Virgilio concluye su narración diciendo que baste lo que ha cantado sentado y tejiendo canastillas; que las Musas le recomendarán y engrandecerán a Galo sus versos, a quien ama más y más. Y se alza de la sombra, mala para el canto, dice él; y para los frutos. Y arrea sus cabras a casa, pues ya se alza la estrella de la noche.

La escena de la composición es arcadia.

En cuanto a la invocación de Aretusa baste decir que era la fuente principal de Siracusa, la patria de Teócrito; fuente convencionalmente pastoril por tanto. El deseo que Virgilio le expresa de que sus aguas no se amarguen cuando fluya bajo las ondas sicilianas alude a la fábula de que Alfeo, un río de la Elide, amaba a Aretusa, y la persiguió bajo el mar hasta Sicilia, alcanzándola en la isla de Ortigia, el asiento del famoso puerto de Siracusa. Parece que en la antigüedad se creyó que había una comunicación submarina entre el río y la fuente. Virgilio pues, expresa su deseo de que Aretusa, cuando pase bajo la mar a la Elide a visitar a Alfeo, no mezcle sus aguas dulces con las saladas del mar; o bien supone que la referida huida de Aretusa es todavía actual o permanente. Fluctus sicanos son pues, los mares de Sicilia; llamados así de que los sicani fueron un antiguo pueblo de Italia que emigró de aquí a Sicilia. Doris es la mujer de Nereo y madre de las Nereides; y aquí por tanto personifica al mar. Las puelleae Naidas del verso 10 son las ninfas; y su mención es imitada de Teócrito, I, 66 y siguientes, en cuyo lugar la referencia a ellas es natural, pues que Dafnis estaba casado con una ninfa. Aquí en Virgilio las Náyades hacen veces de Musas; y consiguientemente el Parnaso, el Pindo y Aganipe son nombrados en relación con ellas; las dos primeras, montañas famosas de la Tesalia, y supuestos domicilios de las Musas; la tercera, una fuente al pie de Helicón en la Beocia, y también consagrada a ellas. El Ménalo que llora a Galo ya vimos en la bucólica 8.^a que es una montaña de la Arcadia, morada predilecta de Pan; y asimismo el Liceo, como se alude en la Geórgica 1.^a, 16. Adonis, mencionado poco después, era un muchacho cazador y pastor de quien se enamoró Afrodita. Un jabalí lo mató; y ya en los infiernos le inspiró a Proserpina pasión. Júpiter por tanto mandó que Adonis pasara

seis meses cada año en la tierra con Afrodita, y seis en los infiernos con Proserpina. De Apolo ya hemos dicho en la bucólica 4.^a; y es notorio. Silvano era un dios semejante a Fauno, patrono de pastores y de rebaños, de plantíos y de bosques; en suma, una deidad pastoril y rústica. La Filide y el Amintas nombrados en la bucólica, están por nombres sabidos de Pastores; aquí Amintas es moreno, como el Menalcas de la 2.^a bucólica; y aun se repite la misma comparación con los jacintos oscuros. La mención de Chalcidico versu que hace Galo se explica por lo que se ha dicho de que fué imitador de Euforión de Calcis, cuya imitación piensa Galo acompañar ahora con música de la flauta de Teócrito. Maenala en el verso 55 es una forma neutra plural alterna de la de Maenalus que ya vimos, y aun de Maenalon, en Ovidio, Met. II, 442. Las cañadas partenias toman su nombre del monte Parthenios de la Arcadia en la vecindad de la Argólide. Eso del verso 59 de disparar flechas cidonias de un arco de cuerno Parto es aplicar a unas y otro epítetos literarios. Cidón era una villa principal de Creta, que producía unas cañas o carrizos muy propios para flechas; y los cretenses eran unos celebrados arqueros. Las Amadriades son las ninfas de los bosques; las mismas de que acaba de hablar Galo en el verso 55. Por último el Hebro que se menciona en la bucólica es el actual río Maritza, el principal de la Tracia, célebre en la mitología porque en sus riberas el poeta Orfeo fué despedazado por las mujeres en las Bacanales; así como Sithonias nieves son las nieves de la Tracia, comarca en un tiempo poblada en parte por una tribu llamada los Sithonii, nombre sacado de un rey suyo Sithon. La Etiopía era, como es hoy, el sur de Egipto, última región de que tenían noticia los romanos.

Manera del poema

Oh Aretusa, concédeme aqueste último de mis afanes: unos cuantos versos yo tengo de decirle a Galo ahora, mas que Licoris ella también lea.

¿Alguien le negará versos a Galo? Así cuando debajo las sicánias aguas fluyas, la amarga Doris su onda no te revuelva, empieza: recitemos de Galo los amores pesarosos, en tanto que las chatas cabras royen las malezas. No a sordos les cantamos; las arboledas lo repiten todo.

¿Qué cañadas, oh Náyades doncellas, o qué bosques acaso os detuvieron cuando de indigno amor Galo moría? Pues que cumbre ninguna del Parnaso ni del Pindo os pusieron dilaciones, ni la Aganipe Aonia. Aun los laureles, aun lo lloraron a él los tamariscos; y el Ménalo pintífero y las rocas del helado Liceo lo lloraron, sentado so una peña solitaria.

Y también las ovejas lo rodean; ellas no se desdeñan de nosotros; ni tú de tu rebaño te desdeñes, oh divino poeta: el bello Adonis su grey también apacentó a los ríos.

Vino el boyero; los porqueros tardos vinieron, y además vino Menalcas, de las bellotas hibernizas húmedo. Todos «de dónde a ti ese amor», preguntante. Vino Apolo; y «Oh, Galo, por qué,» dijole, «¿enloqueces? Licoris, tu desvelo,

por nieves y por horridos reales va tras otro.» También vino Silvano, con el adorno de su testa rústico, ramillos agitando florecientes y grandes lirios. Pan, dios de la Arcadia, vino, y nosotros mismos lo miramos rojo de vermellón y de sanguíneas bayas de yezgo; y dijole: «¿Habrá algún modo? No da el Amor aprecio a tales cosas: ni el cruel Amor de llanto, ni la grama de riachuelos se sacia, ni de citiso las abejas, ni de hoias las cabrillas.» Pero el misero exclamó: «Mas vosotros, oh Arcades, cantaréis a vuestros montes esto; vosotros, Arcades, los únicos peritos en cantar. ¡Cuán blandamente habrán entonces de yacer mis huesos, si algún día la flauta vuestra dice mis amores. Hubiese yo sido uno de vosotros, ya guía de un rebaño vuestro. ya viñador de madura uva. Y así, ya fuese Filide, ya Amintas; o cualquier mi pasión (¿qué pues si obscuro es Amintas?; oscuras las violetas, y también son oscuros los jacintos;) yacería conmigo entre los sauces bajo flexible vid. Guirnaldas Filide me cortara; y Amintas cantaría.

Aquí, Licoris, hay frescos veneros, prados muelles y selva; aquí contigo por sola la vejez consumiríame. Ahora el loco amor del duro Marte armado me detiene en medio de armas, y entre los encontrados enemigos. Tú lejos de la patria, que siquiera creerlo no me sea dado, miras sola sin mí, oh feroz de ti, las nieves de Alpe y los frios del Rin. Ah, que los frios no te hagan daño; y que los hielos ásperos tus delicadas plantas no lastimen. Iré; y a las canciones que he compuesto

en calcidico verso, pondré música del pastor siciliano en la zampoña. Tengo resuelto proferir mis penas en los bosques, sufrir entre guaridas de fieras; y grabarles a los árboles mi sentida pasión: crecerán ellos, y creceréis vosotros, mis amores. En tanto, confundido entre las ninfas recorreré ora el Ménalo, ora recios cazaré jabalies. Ningún frío me impedirá que los partenios valles circunde yo de perros. Ya figúrome que voy por peñas y sonantes bosques, y gusto disparar de cuerno pártico las saetas sidonias. Como si éste fuera de mi pasión temperamento, o ese dios aprendiera a mitigarse con los padecimientos de los hombres. Mas al revés, ya ni las Amadriades, ni la propia poesía nos es grata; al revés; aun vosotros, idos, bosques; que a él mudarlo no pueden nuestras penas, ni aunque el Hebro bebamos entre frios. y las nieves sitionias arrostreamos del invierno lluvioso; y ni aunque el hato de gente apacentemos de Etiopía bajo el signo de Cáncer, cuando muere el liber, y se seca en el alto olmo. Vence Amor todo, y al Amor cedamos.

Bastará que el poeta vuestro, o Piérides Divinas, haya dicho aquestas cosas, mientras descansa y teje una cestilla de malvarisco fácil; ya vosotros a Galo las haréis de grande precio. A Galo, cuyo amor crece en mi tanto hora por hora, cuanto el olmo verde se irgue y alza en la nneva primavera. Alcémonos. La sombra a los cantores suele ser grave; es grave del enebro la sombra; también daño da a los frutos la sombra. Idos ahitas rumbo a casa, el Hésporo ya viene; idos, cabrillas.

De los amigos norteamericanos en Hispanoamérica

= Colaboración directa =

Esta pequeña nota llegará a manos del Director del Repertorio Americano por los días en que se esté conmemorando el centenario de la muerte de Bolívar. Habrá fiestas regias en los diversos países que él libertó del dominio español, o que, enamorados de sus ideales, lo tienen por el más alto representativo de su raza. En Colombia han contribuido con abundante dinero para darle realce a esa conmemoración, las compañías de luz y fuerza eléctrica que dependen de la American and Foreign Power Company, la que a su vez depende de la Electric Bond and Share Company de Nueva York. Hablándome de esto, me decía un amigo hispanoamericano: "Ya lo creo que a esas compañías, en Colombia especialmente, les encantará que haya fiesta por tener Bolívar un siglo de muerto. ¡Otro gallo les cantara si estuviera vivo!"

Quizás sea ese un juicio exagerado. Pensando con discreción y mesura, es bueno señalar un síntoma. Las empresas que dependen de la Electric Bond and Share Company parecen tener por norma esforzarse por ganar la buena voluntad de los pueblos en cuyo seno funcionan. Si han contribuido para solemnizar el centenario bolivariano en Colombia, y quizás en algunos otros países, lo han hecho en la esperanza de caer simpáticos y en el deseo de confundirse y unificarse con los sentimientos de esos pueblos. Y si esto es

así, me aventuro a decir que el síntoma es bueno. Indica una actitud, de la que corresponde a los nacionalistas inteligentes y previsores aprovecharse.

Entiéndaseme bien. En los países como Chile y Costa Rica, donde ha habido mayor oposición al instinto monopolista de esas compañías, depende de la firmeza de los nacionalistas si sus propósitos han de triunfar. Aflojen los nacionalistas, y estarán perdidos. Manténganse en su línea, y las compañías, antes que echarse encima la mala voluntad popular, habrán de ceder.

El ex-embajador de los Estados Unidos en México, Mr. Dwight Morrow, recién electo senador de los Estados Unidos por el Estado de New Jersey, ha sido director de la Electric Bond and Share. No sería remoto que hubiera influido en moldear la política de esa gran compañía. Mr. Morrow es de bien conocidas inclinaciones hacia el cuaquerismo, hacia el pacifismo, hacia el trato por las buenas; enemigo, por consiguiente, de la política del Big Stick o sea del Garrote Grande, de la Tranca Pesada, o como mejor se diga Big Stick en español. Esa influencia de Morrow, de ser cierta mi conjetura, es otro modo de ver la actitud que arriba digo que es aprovechable.

Quiero explicarme con mayor claridad aún. En apoyo de ciertas fases del imperialismo norteamericano, se ha llegado hasta el empleo desca-

rado de la fuerza. Es decir, en ciertos aspectos, el imperialismo se impone por fuerza bruta. En otros casos, en cambio, su manera es suave. Y si la lógica algo vale, claro está que cuando de la fuerza bruta se trata, oponerse es cosa más difícil. Pero cuando de suaves maneras se trata, con mantenerse alerta y entero, con no engañarse ni dejarse engañar, no hay modo de perder. Lo que, desde luego, no es así como así. A veces parece que los pueblos, como las mujeres, invitan al engaño; y el engañador no es en todos los casos el mayor culpable, y tal vez ni culpable siquiera.

Así, si hay algo funesto para Costa Rica en los contratos bananeros recientemente aprobados por su Congreso, no hay que culpar a la United Fruit Company. La mayoría de los miembros de ese Congreso vehementemente defendieron esos contratos. Si queja alguna tiene el pueblo de Costa Rica, lo lógico sería que llamara a cuentas a sus representantes, a aquellos a quienes ha confiado el cuidado de sus intereses. Quienes han indagado a este respecto no han podido encontrar vestigio de sanción alguna popular contra esos representantes. Todo lo contrario, siguen, campanes, manejando los asuntos públicos de su cargo, y parecen poder seguir haciéndolo indefinidamente. Bolívar está muerto. Tiene un siglo de estar muerto. Parece que tuviera más.

Decir eso no es agradable. Oírlo tampoco será agradable. Pero hay que decirlo. De muy buena fe, y con harta razón superior, se pide al pueblo

norteamericano que vele porque el capitalismo suyo que va a la América Latina obre con justicia. Esa petición a ratos se hace clamor. Y habemos en los Estados Unidos quienes de todo corazón deseamos que no en vano se nos llame a echar nuestro cuarto a espadas por la Justicia. Pero se nos enfría el entusiasmo cuando se nos quiere convertir en Divina Providencia, cosa que aunque quisiéramos, no podríamos ser jamás. Aquí lucharemos en la medida de nuestras fuerzas porque nuestro gobierno no apoye con su poderío militar ni con sus otros poderíos injusticia ninguna contra los pueblos de Hispano América. Pero cuando se trata de contratos cuya efectividad depende no de la fuerza de bayonetas nuestras, ni de presión de nuestros diplomáticos, sino que de la aprobación de la mayoría de un Congreso como el de Costa Rica, tenemos más que derecho a decirles a los costarricenses: "All right, friends, ¿y ustedes qué hacen por la Justicia? Con sus congresales entiéndanse ustedes. De las debilidades de ellos y de sus torpezas, no culpen al Coloso del Norte, al Pulpo Yanqui. ¡Revivan a Bolívar!"

Y, a propósito, en la Nicaragua del apuesto Moncada, ¿cómo se irá a conmemorar la muerte del Libertador? En la otra Nicaragua, la del héroe Sandino, allí no hay muerte que conmemorar; porque allí Bolívar está vivo. Que triunfe es el deseo de los amigos norteamericanos de Hispano América.

Rebecca Kaye

The Civic Club, 18 East 1th St.,
Nueva York, Noviembre de 1930.

El libro y su lectura

(Viene de la página primera).

generar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas. El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia en el trabajo a Franklin y a Lincoln.

Cincuenta bibliotecas, desde Quilmes hasta Humahuaca, han nacido ya bajo los auspicios de la Ley Nacional, demostrando que no es perdida entre nosotros la invocación que se hace a los sentimientos generosos.

Difundamos su conocimiento, hagámonos sus ejecutores y sus agentes; y el llamamiento permanente consignado en la ley, y la cooperación ofrecida a los que quieran promover el adelanto intelectual de su país por la difusión de buenos libros, determinarán una nueva dirección a la caridad pública, haciendo brotar ese raudal de la beneficencia y del patriotismo, que en la Unión Americana dota los establecimientos de enseñanza, funda bibliotecas populares y derrama a millones páginas impresas, para que se dispersen por su pueblo y por el mundo, como nuncios de la verdad que pertenece a todos los hombres!

¿Por qué no se suscitarán también entre nosotros esas asociaciones, que apellidándose con el nombre glorioso de Franklin,

han creado las librerías de distrito en los Estados Unidos, y que hoy se propagan rápidamente por la Francia!

Cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior.

Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes, hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del morimiento universal y puede decir como el hombre de Terencio: que nada humano le es indiferente.

La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás.

Las personas indolentes no leen; pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos,

que el hombre sedentario apenas conoce, y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre; pero no siempre vienen a su encuentro ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que puede renovar a su albedrío.

Rioja ha podido decir así, con simplicidad tocante:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño leve
que no perturben deudas ni pesares.

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma; y Montesquieu ha escrito en sus Pensamientos que jamás tuvo un pesar que no olvidara después de una hora de lectura.

He ahí un hombre al que la inteligencia ha hecho grande entre los hombres de su época o de su siglo. ¿Qué ha pensado sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el hombre, eternos problemas que yo no puedo sondear, porque mi espíritu se halla inculto y mis horas pertenecen al trabajo material? La Biblioteca de la aldea contiene sus libros; y no habrán pasado las veladas largas de este invierno sin que yo sepa lo que San Agustín meditó sobre Dios, lo que Pascal discurrió sobre el hombre y lo que Humboldt enseña sobre las leyes que rigen el universo visible.

El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino a través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida. El joven oscuro puede ascender hasta el renombre imperecedero, conducido como Franklin por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en los días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo sustraerme a lo que me rodea, y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente en la tradición del espíritu humano, puesto que le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores, antes que vayan con perjuicio nuestro y de los otros a convertirse en nuevos actos.

Nicolás Avellaneda

Buenos Aires, 1870.

La hora del Perú

= Envío de la autora =



Por Amighetti.

No sé si será la hora del recuento, pero sí creo que, a pesar de la desorientación que sufre el Perú, podemos adelantar opiniones. Miramos el actual espectáculo político de este país, no como simples espectadores, más bien como actores apasionados en la lucha que hoy se torna profundamente enconada. I no podía ser de otra manera.

Por primera vez el Perú siente un repudio total, absoluto, de sus viejos tutores, o mejor dicho, de sus viejos explotadores. Desde la independencia, el poder ha caído por las sucesivas luchas o *montoneras*, en manos de caudillos militares unas veces, que pugnaban contra los señores terratenientes, los criollos descendientes de las viejas familias aristocráticas, de apellidos sonoros y dueños de la tierra. Otras veces el país ha estado dominado por esos señores rancios, que son los que con mayores ventajas, han usufructuado el poder hasta la fecha. Todos ellos por su ascendencia extranjera y por su odio a las clases populares, especialmente la indígena, no han significado jamás un elemento de progreso, sino simples especuladores que veían al país como una hacienda propia. Leguía, disidente del partido civilista—órgano de los conservadores, creado para combatir al militarismo ambicioso—planteó el primer repudio a dicha casta. No era que la creyera inmoral o incapaz de servir los intereses de la Nación. Era que la sabía buena arma política, ya que el odio al civilismo es tan antiguo como su creación. Al traicionar Leguía al Civilismo, no abandonó sus métodos ni olvidó su escuela. Sus once años de tiranía no fueron sino la aplicación refinada del despotismo civilista. Procuró aplastar a los que no se le rindieron, pero en muchos casos pactó con miembros prominentes de ese civilismo, e incluso, contrajo vínculos familiares. Los otros, los ambiciosos, que veían caer en las manos de los leguistas, todo el oro que pudo haber caído en las de ellos, no transigieron ni permanecieron toda la etapa leguista en el dorado destierro de Europa, gastando las rentas que para su ociosidad, producía el trabajador peruano.

Si Leguía lo corrompió todo, por el soborno y el *boicot*, no hizo sino, como decimos, seguirle los pasos al civilismo. Se dió el caso de que el pueblo, en una violentas protestas contra los civilistas, incendiara la imprenta de *El Comercio*, órgano interesado de esa casta. Pero Leguía, que sabía bien su papel, pagó la ruinoso casa y la pagó tan generosamente, que con los varios millones que dió a más de comprar un ininterrumpido silencio, permitió levantar un enorme palacio fortaleza a prueba de incendios y de balas, y desde cuyos muros atisban las ametralladoras con que se defiende la numerosa familia extranjera Miró Quesada, sabedora del odio del pueblo.

La caída de Leguía estaba hace tiempo determinada por la ruina económica del Perú. Una política de empréstitos, de entregas al imperialismo, de monopolios, de impuestos, de robo inocultado, ya que en once años los fieles del leguismo,

pobres la mayoría, han quedado con fantásticas fortunas que oscilan entre 5 a 30 millones por cada gran leguista,—Leguía tiene 130 millones de soles peruanos — no podía sino producir la quiebra y derrumbar un régimen, cuyas bases estaban carcomidas.

La mayor parte de los pueblos de América remedian su situación precaria a base de empréstitos. ¡Y qué triste experiencia tienen ya los pueblos coloniales que así se entregan en manos de sus prestamistas! Cada empréstito que desaparece rápidamente en las manos de una casta ambiciosa y corrompida, por medio de contratos para carreteras, ferrocarriles, saneamiento de ciudades, etc. etc., en las cuales se emplea la tercera parte o menos, del dinero presupuestado, no hace sino pesar cada vez con mayor fuerza sobre las espaldas de un pueblo sin medios de vida, económicamente retrasado, sin industrias productivas, completamente agrario y minero, como son la mayoría de nuestros países, como lo es, a pesar de sus 100 años de República, este Perú. Cada empréstito no hace sino ajustar la cuerda con que nos ahorca el imperialismo. Cada empréstito no ha hecho sino levantar en la Avenida de la Tiranía, fastuosos palacios que ruborizan nuestra miseria sin taparrabos, y que siguen disfrutando los señores leguistas-civilistas.

Los viejos civilistas, hartos ya del usufructo que hacían los leguistas del dinero del país, propiciaron su más rápida caída. Un militar audaz ayudó los proyectos de los enemigos interesados, y Leguía cayó para que los civilistas volvieran a apoderarse con las uñas del Tesoro Público. Un golpe militar era lo

único que podía derribar a la tiranía. —¡Cuántos golpes militares se traban en la sombra ahora que el Ejército está dividido por ambiciones personales y caudillescas! El pueblo desarmado e impotente, no podía enfrentarse a las ametralladoras de la policía leguista. Los mejores líderes revolucionarios estaban—están—en el destierro.

El Perú de Leguía es hoy el Perú de los civilistas. Esto no obsta para que el civilismo—que se disfraza con una serie de máscaras de oveja y decreta su auto defunción—sea totalmente repudiado y odiado por la opinión nacional.

El civilismo, ante el despertar de la conciencia peruana, que se agrupa alrededor del Partido Aprista, el único que define una ideología y tiene base nacionalista, inventa un fantasma: el comunismo. Es la vieja y desacreditada táctica leguista. Trae expresamente a un intelectual enrojecido a quien paga sueldo, y se permite francamente una desafortada y absurda campaña comunista. El plan por ingenuo, saltaba a la vista. Achacar al aprismo, partido de izquierda, las tendencias disociadoras puestas en práctica por los agitadores a sueldo y echarle la culpa de las matanzas que debían venir por la represión lógica que se hiciera contra los reclamos de los obreros. Así, criminalmente, los falsos comunistas, aprovechando el hambre secular y la explotación despiadada de los obreros mineros, los lanzan al sacrificio inútil, ya que nada de sus reclamos ha sido oído: varios cientos de trabajadores regaron su sangre por obra y gracia de la campaña confusionista propiciada por el civilismo. Tres extranjeros cayeron también y por ellos el gobierno peruano pagará enormes indemnizaciones.

El periódico *El Comercio*, que en 1927 colaborara con el gobierno de Leguía para hacer más escandaloso el descubrimiento de un complot, hoy estimuló la campaña comunista, sólo porque ella estaba inspirada en el antiaprismo y era medio seguro de provocar represiones.

Con todo, el admirable espíritu de las colectividades peruanas no se dejó engañar. A los enormes titulares de la propaganda «unámonos contra el peligro rojo», respondió con su indiferencia, ya que el peligro rojo no existe. Y en pública protesta, boicoteó e hizo fracasar un mitín de adhesión al gobierno civilista-militar, preparado por la casta reaccionaria. Indirectamente el triunfo fue del Apra. El espíritu de la contra manifestación, fue aprista. Los civilistas lo declararon, aunque bien sabían que el Apra no tuvo participación en el contra mitín. Los civilistas abalearon al pueblo, cuando se sintieron defraudados en sus expectativas. Querían hacerse aplaudir a pesar del asco del pueblo. El pueblo rechazó las balas con piedras.

Entonces dirigieron sus iras directamente contra el Apra y sus líderes. Acababa de llegar del destierro, después de 6 años, el escritor Manuel A. Seoane, uno de los hombres jóvenes de mayor valer en la actual generación latinoamericana. El mismo día arribaba a nuestras playas Carlos M. Cox, otro valioso

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

luchador aprista que viviera el destierro en México, y que ha hecho conocer la trayectoria del civilismo en el Perú, en ese gran pueblo de América, el azteca. Carlos Manuel Cox y Manuel A. Seoane eran, pues, dos baluartes de la lucha aprista, que vió reforzadas sus filas con dos grandes animadores. El aprismo vibró de entusiasmo y la recepción a los compañeros, fué una demostración del espíritu levantado de la colectividad peruana. Iniciaba el Apra su era de divulgación doctrinaria. Se comenzaba una etapa de contacto con las grandes masas del país. El avance del aprismo era cosa imposible ya de contenerse. Era pues preciso, para la vida del civilismo, entorpecer la marcha del partido aprista. Y como una represalia se aguzaron todos los medios para hacer caer en una celada a líderes apristas. Cox fué atraído a la Prefectura, mañosamente, con objeto de obtener personalmente la licencia para su conferencia pública, y detenido y enviado a la isla de San Lorenzo. Seoane fue tenazmente perseguido hasta que tuvo que buscar refugio en una Legación latinoamericana, de donde ya salió para su segundo destierro. El semanario, vocero del Apra, clausurado y sus números decomisados. La vida legal del partido, detenida. Sin embargo, el Apra no hacía sino ajustarse a las leyes de nuestra Constitución. Ejercía un derecho. Se aprestaba a conseguir posiciones en la próxima Asamblea Constituyente, hechura de los civilistas, hecha a medida de sus ambiciones: 80 representantes para 6 millones de habitantes que tiene el país! Lógicamente la representación será civilista. Pero el Apra, que sabe cómo cuenta con la opinión nacional, iba a luchar sus asientos. El civilismo se lo impide.

La caída de la dictadura leguista no ha hecho sino dar paso a otra dictadura tanto o más inepta, tanto o más cobarde, tanto o más desacreditada que la de Leguía: la dictadura civilista. Ya hoy nadie tiene fe en la transformación del país, nadie cree en la moralidad del gobierno. Se le desenmascara como a un instrumento del civilismo corruptor que engendró al leguismo. Se constata la ineficacia comprobada de la Junta de Gobierno para resolver nuestros más elementales problemas.

No ha avanzado nada el país con la caída del leguismo. Los actuales amos, incapacitados como el leguismo para administrar la hacienda pública, llaman «expertos americanos» con sueldos exorbitantes para que vengan a componer nuestras enredadas cuentas. Sabemos el remedio: otro empréstito. El señor Kemmerer es un agente del imperialismo yanqui y su mejor representante. El actual Ministro de Hacienda, Olaechea, gerente que fuera del Banco de la Reserva y autor del llamamiento a Kemmerer, es además abogado de la firma Seligman, principal prestamista del Perú, del National City Bank y autor del proyecto de entrega de los ferrocarriles peruanos a la Peruvian—en tiempos de Leguía,— por todo esto el señor Olaechea percibe considerables sueldos y nadie mejor que este funcionario sabrá

Han llegado estos libros importantes:

Bertrand Russell: <i>Vieja y nueva moral sexual</i>	¢ 4.25
F. Müller-Lyer: <i>La familia</i>	10.00
Augusto Messer: <i>Historia de la Pedagogía</i>	6.00
Blaise Cendrars: <i>Antología negra</i>	5.50
Azorín: <i>Pueblo</i> . Novela de los que trabajan y sufren	3.50
Henri Dubreuil: <i>Mi vida de obrero en los Estados Unidos</i>	3.50
Ricardo Güiraldes: <i>don Segundo Sombra</i>	3.50
Lidia Sefulina: <i>Virineya</i>	3.00
Carlos Bandelaire: <i>Las flores del mal</i> ..	3.50
John Dewey: <i>La inteligencia y la conducta</i>	4.25
Goethe: <i>Memorias de mi vida</i> . 1 vol. pasta	6.00
Arturo Capdevila: <i>El Apocalipsis de San Lenin</i>	5.00

Pídalos al Adm. del Rep. Am.

representar en la venta progresiva del país al oro yanqui, el interés de los banqueros de Wall Street.

La situación peruana es de crisis profunda. No sólo crisis económica, sino también moral. Al vehemente deseo del país a ser gobernado por hombres honrados y capaces técnicamente, se opone la ambición egoísta y venal de los viejos políticos que no están dispuestos a verse desplazados. Uno de ellos, días pasados expresó así su amor por el país, su desinterés y su patriotismo: «He perdido once años, perseguido por Leguía, ahora quiero recuperarlos. Necesito que me den la explotación de una carretera»

Los monopolios que hicieron particularmente odioso al régimen de Leguía, siguen existiendo. Las concesiones se suceden. Si se cerraron las casas de juego por unos días, volvieron a reabrirse contemplando las enormes ganancias que ellas representan. Todas las leyes y decretos dictadas por el tirano

y que fueron derogados, vuelven a ponerse en práctica. Se tramita activamente la contratación de un nuevo empréstito.

La desocupación aumenta y el hambre del pueblo es cada vez menos soportable. A la reclamación de un grupo de obreros que pedían justicia en contra de una empresa explotadora, se les responde con grosero cinismo, que el país tiene otros problemas trascendentales que atender, y no las majaderías de los obreros.

La libertad de prensa no existe. Se acaba de dictar un decreto-ley de concepción medieval. Han sido clausurados todos los órganos que atacaban al civilismo. Sólo pueden seguir saliendo los que no se oponen a la actual política. Las cárceles están llenas de presos políticos y sociales, así llamados porque no están de acuerdo con los métodos civilistas. La isla de San Lorenzo ya no da cabida a los presos por los complotos últimos! Se ha habilitado un casino militar en Ancón para que sirva de cárcel. Estudiantes, obreros, gentes de izquierda, periodistas, militares, figuran en la larga lista de encarcelados y próximos a encarcelar. Se justifica así al leguismo. Pero se ataca de leguista al que combate al civilismo.

¿Podemos pensar por este luctuoso cuadro de nuestra vida actual, que en el Perú todo está perdido y debemos renunciar a la lucha? Casi podría decirse que sí, si una honda esperanza nacida de la demostración misma de este pueblo que a pesar de todo, ama su libertad y está ansioso de renovación, no nos viniera a reforzar en la lucha. No debemos olvidarnos que la siembra fructifica, y si no hoy, porque está demasiado cercana la corrupción civilista, más tarde lograremos hacer levantar a todo un pueblo en enérgica protesta contra sus detentadores tradicionales.

Magda Portal

Lima, Diciembre de 1930.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Regocijaba a Alicia Meynell la presteza conque el viento podía deshacer de sobre Londres el espeso manto de la niebla y dejar ver, alto y amplio y azul, recién barrido, el cielo. Con igual facilidad, decía ella, podría la tierra desembarazarse de las monstruosidades de ladrillo, hechura de los hombres, que se han aglomerado en derredor de las estaciones de ferrocarril.

En derredor de estaciones ferrocarrileras se aglomeran las casas en las poblaciones nórdicas. Para los iniciados en disciplinas sociológicas el dato es altamente revelador. Los pueblos nórdicos, que son los de vanguardia en la moderna civilización occidental, no le temen al ruido — falta de sensibilidad,

—viven de movimiento—abundancia de animalismo,— y tienen la comunicación con otros pueblos como el valor más elevado de progreso. Las más grandes ciudades anglosajonas son puertos o conjunción de vías férreas: Londres, Nueva York, Chicago, Liverpool. Colón es para los hombres del Norte héroe de manera distinta que para nosotros los de cultura neolatina. A nosotros nos subyuga principalmente la intrepidez y el tesón, y la tragedia del Almirante; a ellos las consecuencias prácticas, incalculables aún, que han tenido sus viajes. De Lindbergh admiramos el arrojado; para ellos — para él mismo, quizá —, la valentía del muchachón escandinavo es cosa secundaria: lo primero es la importancia de sus vuelos en el desarrollo de la comunicación por vía aérea.

La civilización nórdica nos está conquistando — lentamente. Por esa lentitud quizá se acabe antes de habernos conquistado del todo. No sería imposible, pero ni difícil, mientras tanto, calcular su avance entre nosotros: bastaría medir — medir literalmente — la distancia cada vez más corta entre las estaciones de ferrocarril y el centro de nuestras poblaciones. Cuando, como en las grandes urbes anglosajonas el centro de nuestras ciudades coincide con las estaciones ferrocarrileras, la conquista estará consumada.

Por el momento, y desde que los conquistadores españoles fundaron nuestras ciudades, las monstruosidades latinoamericanas de adobe, de piedra labrada, de piedra volcánica, de madera, de cemento, y aún de zinc, es en derredor del templo parroquial que se aglomeran. El viaje que absorbía a aquellas intrépidas gentes que nos dieron su civilización, no era sobre la faz del planeta, sino el del alma: fundamental preocupación medieval que apunta el más célebre intérprete de *Mont*

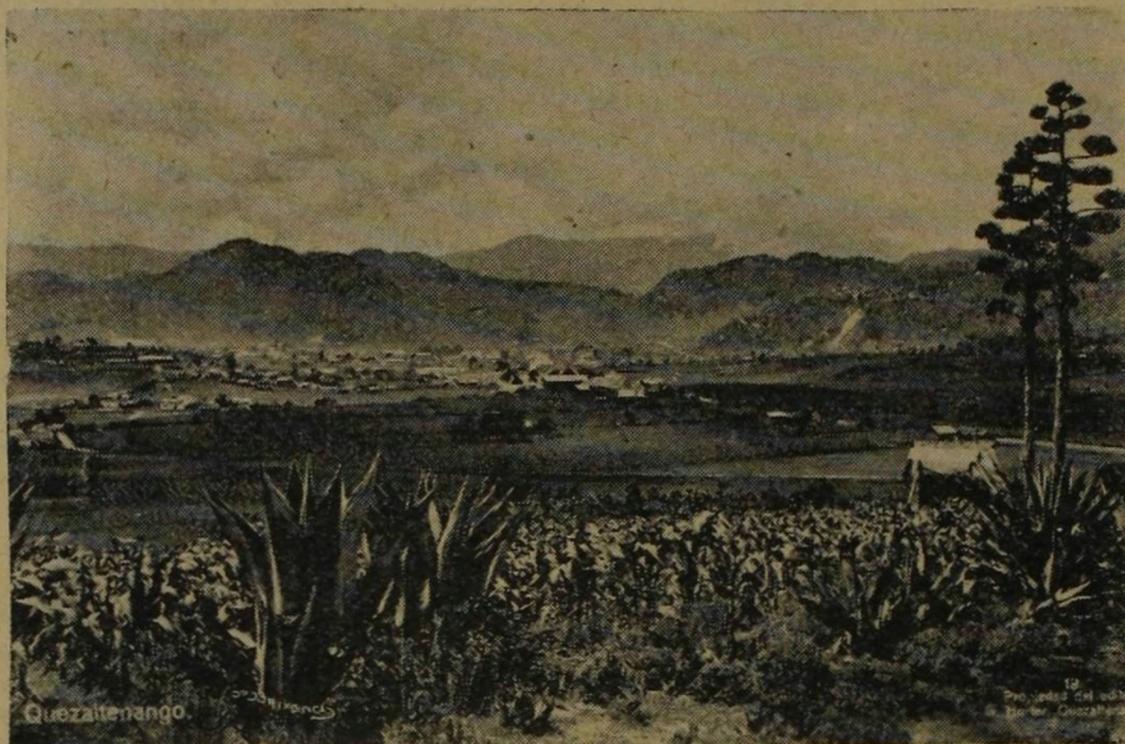
Persiflage

Motivos de Año Nuevo

Estaciones y Catedrales.

=Colaboración directa=

Para don Joaquín García Monge, perdido para el clero, pero en cuya alma llena de visiones ruge la fiera voz de Pedro el Ermitaño.



Quezaltenango.

Saint Michel y Notre Dame de Chartres. (1) En nuestra América las poblaciones se divisan desde lejos por las destacadas torres de sus iglesias. Veis allá, en la falda de la montaña perpetuamente verde, una o dos torrecillas blancas o rosadas — las rosadas son más lindas — y no veis más. Allí es un pueblo. Todavía no hay, felizmente, estaciones ferrocarrileras en esas poblaciones; y cuando las llega a haber, es en lo más apartado del casco pueblerino donde sientan sus reales, como con timidez, como con vergüenza. Las actividades visibles y honrosas de los hombres se congregan en el radio del templo; cerca de la estación sólo hay lo que conviene al decoro ciudadano ocultar: las casas de cita, los burdeles más deshinchados, la miseria en sus más sórdidas formas. Cuenta de un latinoamericano que, habiendo llegado una tarde a Nueva York, por la noche lo llevaron en tranvía subterráneo a conocer el trecho de ciudad, fantásticamente iluminado, entre sus dos principales estaciones. «¡Vamos al centro!», dijo él «¡vamos al centro, que si esto es por las estaciones, cómo será aquello!» En Nueva York las estaciones son el centro.

En San Isidro de Coronado hay quien, fiel a la idiosincrasia de la raza, ha rehusado enorme suma de dólares ofrecida a cambio de una meseta llana, de su propiedad, donde la compañía yanqui desea hacer campo de aviación con hangares y hotel, y con carretera pavimentada a San José. Mientras dure la castellana terquedad hidalga de ese tico admirable, en San Isidro de Coronado no aterrizarán aeroplanos. En cambio con beneplácito unánime del pueblo, se edifica en San Isidro de Coronado un templo que costará un millón: estación de partida y de expendio de boletos para la eternidad.

(1) Un norteamericano civilizado: el historiador Henry Adams.

provocada para forzar nuevos empréstitos con los cuales seguir adelante en la danza del derroche carreteril que aprovecha sólo a los vivos de la política y que amenaza palpablemente con herir de muerte la soberanía de la nación, como en vecinos pueblos. Así es de amarga la opinión que en el Guanacaste impera; lo que no obsta, sino que es razón de más, para que los municipios se nieguen a venderle tierras a la compañía extranjera de aviación. El guanacasteco también es medieval. Antaño hubiera sido éste, mote de reproche. Pero leed el libro de Henry Adams que he citado; leed el reciente volumen de Pijoán sobre la edad media, o los volúmenes correspondientes a esa época de las monumentales historias que editan las universidades inglesas y alemanas, y aprended que medieval es adjetivo que honra.

Hasta en San José, con su corrupción del patriotismo y todo, los vecinos prefieren que se vayan los aeroplanos y no vuelvan, antes que dejar que la Sabana pase a ser propiedad de la compañía extranjera. A la Sabana no se le ve utilidad mayor. Allí rumian unos bueyes mansos, y patean una pelota de cuero, inflada de aire, unos niños vagos. Hay quien coge por su cuenta a los niños vagos y a los mansos bueyes y quiere hacer creer que ellos son la causa del obstáculo que a la empresa aviadora se le pone. No nos equivoquemos. Porque si mañana se le ocurre (¡y la idea no es mala!) a Su Excelencia el Señor Arzobispo construir una catedral en ese campo, ya veréis de qué buena gana se lo ceden los niños vagos a quienes toca por el momento defender a la patria contra la invasión sutilísima del nórdico. Gansos fueron una vez los salvadores de Roma.

Es en tales detalles que se ve lo casi impenetrables que somos. No será fácil-

(Pasa a la página 63)

Con la publicación de su excelente libro sobre la *Literatura Hispano-Americana*, M. Max Daireaux, ha dado una prueba al público francés de la importancia del movimiento literario en la América Latina y de la originalidad, que, personal en cada uno de los más grandes autores, colectiva en el conjunto, dicha literatura ha adquirido. A pesar de que separando arbitrariamente de su panorama la literatura de todos los países del Norte (México, Antillas, y Centro América), privaba su obra de las perspectivas más seductoras, él ha definido muy bien el carácter de esta originalidad, tal como los maestros hispanoamericanos la han preconizado, buscado y encontrado: «Yo no sé qué lirismo romántico, qué rudeza en el soplo, qué violencia en los sentimientos, qué nostalgia de pampa, qué tristeza.» Y éstas son cabalmente las características comunes a un Ventura García Calderón, a un José Eustasio Rivera, a un Ricardo Güiraldes, a un Roberto J. Payró, a un Blanco Fombona, a un Manuel Gálvez. Y es, igualmente, que refiriéndose a ellos, agrega: «Diríase que los escritores de la América Latina tienen siempre a los ojos la inmensidad del paisaje donde transcurre su juventud; que hay en sus corazones el sentimiento desgarrador de un paraíso perdido, el recuerdo de un misticismo abolido, el eco desesperado de la triste canción de los gauchos y de los incas. Graves o violentos ignoran la sonrisa y no saben de alegría, y la filosofía que se desprende de sus relatos, es una singular mezcla de resignación y de orgullo, un apetito de grandeza en una vida desencantada. La naturaleza inmensa, sin medida, absorbe sus sueños, la dulzura del indio atempera la fiereza solemne que les dejara España y la sorprendente confianza que ellos tienen en su destino, no es suficiente para apaciguar la inquietud que impregna toda su obra.»

Esta definición es la que conviene a los novelistas y poetas de la América del Sur, pero pierde un poco su justeza para ciertos escritores de México y de la América Central y, notablemente para uno de los más personales entre ellos, Miguel Angel Asturias, cuyo aporte literario de una cualidad muy rara, va al fondo de las fuentes de la antigua civilización maya, de la cual él ensaya a redescubrir el alma y las creencias. Esto que Alfonso Reyes había ya intentado en su *Visión de Anáhuac*, es lo que Asturias acaba de realizar de una manera maravillosa en sus *Leyendas de Guatemala* (Ediciones Oriente, Madrid).

Hay que decir que en la América Central no hay pampas ni planicies interminables ni gauchos agitando el lazo, ni ese viento impetuoso que da vida a un lirismo fogoso, el pampero. Allí se ven selvas lujuriosas, embrujadoras y prodigiosas, llenas de magia, de misterio,

Letras hispanoamericanas

Miguel Angel Asturias

y sus Leyendas de Guatemala



recubriendo las antiguas ciudades mayas, cuyas ruinas suntuosas resurgen aquí y allá en tanto que poblaciones y tribus de las razas desaparecidas viven en lugares inexplorados guardando antiguas tradiciones y soñando extrañas leyendas. Y quien conoce a Miguel Angel Asturias y su larga cara de bronce, finamente cincelada, con ojos de almendra, no puede menos que pensar en seguida que es un príncipe de esa antigua raza maya, un descendiente de los caciques que se opusieron a la invasión de los hombres blancos, la cara cubierta de máscaras gesticulantes, el cuerpo de plumas verdes y rojas—los colores que representan la sangre animal y la sangre vegetal—y que vencidos refugióronse en el corazón de las selvas, atropellados sobre el recuerdo de su antiguo poderío, del día a la mañana desaparecido.

Esta obra que se esperaba de Miguel Angel Asturias, no podía preverse por lo que había publicado antes. Él daba a las revistas hispanoamericanas, las más avanzadas, poemas y cuentos que forzaban la atención por su estilo de una extraordinaria maestría, de una originalidad excepcional, de una originalidad muy moderna; pero que no tenían nada específicamente guatemalteco ni maya. De los cuentos que nosotros conocíamos de él, el más insólito era esa *La Barba Provisional*, en la cual véese a un hispanoamericano pasar la noche en una piscina en compañía de una chica que, como él, no tenía medios para pagarse un cuarto de hotel; y, después, creerse

obligado, por una frase oída en la calle, a dejarse crecer la barba para tomar la personalidad de un cierto Marcel Orfie, un inglés, con cuyo nombre sigue, por un cine hacia América.

Estos relatos fantásticos, superrealistas y de una fantasía plena de humor, eran la contrabalanza de poesías luminosas y duras como el diamante, de las cuales para dar una idea traducimos este retrato de un dibujo muy sutil:

Retrato

Habla los ojos oscuros, de vino
la boca en la cara pálida, suave
el continente. Pensémosla: Un fino
coloquio de viento, de nube y de ave.

Reña con risa porosa, ligera...
Las Tres Gracias en ella eran una, tan ágil
vivía la vida de dentro hacia afuera.
Alma de agua dulce en cuerpo de ánfora frágil.

Alondra, colina, pinar, dentellada
de río que cae sonando los cascos
en el panorama donde está sentada.

Su cabello antoja los birretes vascos,
cáñamo su cuerpo... Fragmentada era
de llenar con ella una azucarera.

Pero lo que este poema tenía todavía de duro, y que la traducción exagera, porque es impotente para dar la poesía de los vocablos y el ritmo de los versos, desapareció totalmente en una misteriosa *plaque* que publicó no ha mucho *Rayito de Estrella*, que nos trae algo totalmente nuevo y muy precioso tanto por la forma como por *l'esprit*. Miguel Angel Asturias muestra aquí la fantasía más etérea, la poesía más sutil y aeriforme que haya. Es una especie de visión con tres personajes y algunas briznas de diálogo, y la descripción de los personajes y la acción. Una vieja mujer al sol, delante de una puerta, se transforma en una pecera, en la pecera nadan peces y en nadando forman una mujer blanca y linda, *Rayito de Estrella*. Don Yugo, para amarla y acercarse a ella, se convierte en cangrejo y logra vencer la hostilidad de Torogil; pero cuando llega a *Rayito de Estrella* se da cuenta que no existe, que es solamente una visión de peces que brillan al sol persiguiéndose, persiguiéndose...

Lo que es extraordinario en esta pequeña fantasía es la luminosidad de estilo en el cual está escrita, su transparencia imaginista, y esa vena de maravilla que anuncia ya *Leyendas de Guatemala*.

En este último libro, el autor lo dedica a su madre que le contaba cuentos, se encuentra también la maravilla de que hablamos antes, en la cual la infancia impregna todo lo que la imaginación ha captado. Los libros que más nos hacen soñar son los libros donde se mezclan las visiones de infancia idealizadas por el recuerdo y las leyendas del pasado, tesoro poético de los pueblos. La *Tatuana*, el *Sombrerón*, el *Cadejo*, pasan con el soplo del viento que estremece los árboles; todos los espíritus misteriosos, los *croquemitaines* con los cuales se hace miedo a los niños pasan

por este libro. Asturias se recuerda y toda una infancia entregada a lo prodigioso se anima y se une a las épocas desaparecidas. Las ciudades mayas antes de la conquista, las ciudades de los conquistadores, las antiguas y las nuevas costumbres se entretajan. Allí, el Maestro Almendro de la barba rosada, que reparte su alma entre cuatro caminos que se marchan hacia las extremidades del cielo. Allí, el *Sombrerón* que bajo la forma de una pelotita tiente a un monje piadoso y sabio. Allí, al *Cadejo* que roba las trenzas de las mozas... La naturaleza entera se anima: el Volcán, los árboles, los animales, las aves, revisten misteriosas personalidades. Las antiguas ciudades indias se llenan de tumulto de ceremonias y sacrificios. Y las ciudades de la epopeya colonial se cubren mutuamente alrededor de las iglesias para guardarse mejor de los diablos y del demonio.

Max Daireux, exigía de los escritores hispanoamericanos «que la originalidad personal del escritor renovara la originalidad de los demás.» Asturias, no solamente ha escogido temas de una originalidad absolutamente nueva, sino también ha sabido tratarlos con una originalidad muy personal. La poesía de su estilo, la riqueza y la pureza de sus imágenes sólo pertenecen a él mismo. Raramente la lengua española había corrido de una manera tan límpida. Un otro poeta de la América Central, Rubén Darío, le había logrado todas las *nueces* de un simbolismo desvestido de la pomposidad y del énfasis que invadían el castellano. Miguel Angel Asturias, contribuirá a esta evolución de la lengua, a esta especie de clarificación que han emprendido los Ventura García Calderón, los Zaldumbide, y, además, la enriquecerá de resonancias preciosas. Su libro es desde todos los puntos de vista, una verdadera revelación.

Georges Pillement

(La Revue Européenne. París; números 5, 6 y 7; mayo, junio, julio; páginas 633-638).

De las *Leyendas de Guatemala* tenemos ejemplares disponibles. A \$3.50 cada uno.

Un express sobre las olas

=Envío del Lic. Alejandro Alvarado Quirós=

La salida de un trasatlántico sugiere, un gran hotel que se desplaza.

Es la impresión exacta, al subir al Conte Biancamano por la escalerilla alfombrada con grandes letras que anuncian el Lloyd; un enorme hotel de viajeros que se trasladara en masa...

Estamos en Nápoles. La gran mole negra y blanca del flotante palacio parece que llena el puerto. El hormigueo de gentes en torno del buque; la animación en la cubierta amplísima donde en confuso desorden se acumulan los pasajeros de primera y de segunda; el ancho resoplido de la sirena anunciando la salida; los adioses postreros en los que sorprendemos lo patético y lo cortés, el pañuelo agitado elegantemente como marina ala o el que se acerca a los ojos arrasados en llanto; una anciana dama enlutada solloza a nuestro lado; unos ingleses con gorras blancas, que se estrechan las manos en serio *shake hand* y se hacen las últimas recomendaciones de negocios.

Entre tanto, el barco, como una bestia poderosa y mansa que consciente de su poder temiera hacer daño—tal dice Purkin—se empieza a mover y se desliza al fin, lento y dócil, tras los remolcadores que lo conducen a alta mar.

Dentro del hermoso trasatlántico comienza la vida. En general pocos pueden darse el placer de hacer un viaje en un *express* de lujo, sobre las olas, pero casi todos habréis sentido la suprema sugestión de él. Quizás lo conocéis, a retazos, por las películas donde la heroína o el héroe, una Greta Garbo o un John Barrymore cruzan por los anchos pasillos o plácidamente conversan en sus sillas de cubierta, o diabólicamente flirtean en un regio salón para enredar

el argumento... El director del *film* no olvida captar una ola brava que os complete la marina ilusión, mejor dicho, sin ella olvidaríais que estaban en el mar... Y es que son tan seguros estos palacios, se mueven tan poco no obstante ir virtiginosos y abundan en ellos tantos mármoles y bronce, arañas sutiles de cristal y pesadas columnas en magnos salones que no viendo el mar crearíamos hallarnos en cualquier gran hotel con sólidos cimientos en la tierra... Si penetráis en el *hall*, en el comedor, en la sala de concierto, aún en vuestro camarate con su cuarto de baño encantador, evidentemente la ilusión marina se esfuma, se aminora, casi desaparece... El mar pierde importancia, como si fuese sólo un terso raso sin abismos, con ligeros encajes de albas espumas juguetonas y acariciantes.

Cuando dejamos Nápoles nos asalta el temor al mareo. El día es espléndido. El Mediterráneo azul y encalmado, bajo la cúpula de un cielo magnífico sin más que unas nubecillas almohadilladas, blancas, resplandecientes y benignas hacia el sur, nos indultan de él. Así, pues, gozamos del hechizo del mar, mirando la estela profunda de revueltas esmeraldas desde la cubierta. La calidad del agua de alta mar, y sus olas en pesadas masas poderosas nos devuelven el respeto hacia el Océano. Es prodigioso como, perdido el puerto, lejos de la costa, el barco gigantesco se empequeñece. En la desnudez de esta planicie infinita el Glorioso Conte se torna un juguete minúsculo.

Sentimos una impresión física de calma, de honda placidez que nos invita a recordar poéticamente a Italia, el país que dejamos. Roma en la exuberancia primaveral, Venecia, Milán, Bolonia la

triste, Turín donde entre pinos románticos, sobre la nieve, paseaban el idilio egregio el Príncipe de Piamonte y la princesa María José recién casados; Génova con sus palacios antiguos y Nápoles... con su Vesubio y panorama encantador... Ayer desde Nápoles con un deseo de entrenamiento marítimo, tomamos un vaporcillo ligero que nos condujo a Capri y Sorrento. Y de Capri guardaremos siempre el recuerdo imborrable de la *Grotta azzurra* en un costado de la isla, una gruta en la que penetramos por un breve boquete de la roca, tanto que lo hicimos tendidos en la estrechísima barquilla que lo franqueó. La gruta azul es un prodigio. Azul, de un azul irreal, de sueño, de leyenda, lo es gracias a una hendidura tan baja en la roca que el agua iluminada desde el fondo, resplandecida, fosforescente, se torna una gran ágata de fulgor quimérico... Unos muchachos gallardos como diosecillos, por unos céntimos, se sumergen en la plata líquida y transparente de aquel agua azul y en su hondura, ahilados, estatuarios, plateados, ágiles y bellos parece que fueran a quedar prisioneros en el cristal marino, como en un pisapapeles colosal... Capri huele a azahar y por doquier orquestas de guitarra y cítaras tocan la romanza de Santa Lucía. Italia nos sugiere remembranzas inefables.

Pero pasado el estrecho se va borrando Europa; la vida de a bordo nos va ganando y además nos enfrentamos con el Océano gris, verdoso, hosco, jaspeado como una serpentina de flojas mayas de espuma. El Atlántico nos hace pagar el tributo al mareo. Por fortuna es leve y nos permite reintegrarnos a la grata vida de a bordo. En un hermoso barco como éste, es deliciosa. Levantados temprano, suele uno irse de paseo al puente, o si el día esta bueno, a la cubierta en donde hay varios juegos propios del vapor: una especie de *tennis* con pelota de trapo u otro juego semejante al *croquet*. A las once el caldo, a las doce el almuerzo, en el comedor o sobre cubierta, como queráis. Con buen acuerdo al concierto se aplaza a la sobremesa para dedicar cuanta atención merece el succulento banquete. A la tarde podéis oír música y ver cines... la radio os tiene al tanto de noticias, y a la noche os sorprende el salón poblado de damas elegantes y de caballeros de *smoking*, y el baile es como el de cualquier Palace cosmopolita...

¿Es esta toda la vida del gran *express* que nos aproxima a New York? No. Permitidme que os cuente de tres amiguitas mías—las amistades se traban pronto por la necesidad de hacernos una «sociedad» en la fugaz travesía—que son vecinas nuestras de cubierta. Junto a mi silla de extensión está la de Eiling: es una nena americana de diez años, rubia, intensamente pálida por el mareo pertinaz. En estos días de Atlántico fuerte, ver las olas, oír el zumbido marino me hizo reposar muchas horas, tendida en mi colchoneta, envuelta en mi manta, sobre cubierta. Hacía frío. Con frecuencia el salobre de las espumas ligeras nos humedecía los labios... Eiling... solita, los ojos cerrados, la faz angustiada, dor-

mitaba... sufría. Algunos ratos otras dos niñas de doce y cuatro años se le reunían. De vez en cuando un empleado del Biancamano les hacía una caricia. ¿Cómo, a dónde, por qué tres criaturitas iban tan solas, tan solas en un largo viaje de continente a continente? ¿Serían absolutamente huérfanas? ¡Sin duda! ¡pobres!... Mas no, lector, Eiling y sus hermanitas tenían, tienen un padre y una madre... amantes. Las niñas viajaban solas hacia América como viajaron solas hacia Europa. Es decir ¡bisaban el trayecto solas! Sus papás hace un año, —cuando la menor contaba tres— la había puesto en New York al cuidado del barco rumbo a Nápoles para internarlas en el *Sacre - Cœur* de Roma y de allí, pasado el curso, volvían solitas de nuevo, encomendadas al cuidado del barco, como una mercancía, hacia su tierra en donde los tiernos autores de sus días saldrían a recogerlas.

Estos casos de psicología norte americana, tan en pugna con la nuestra, empecé a recogerlos, dispersos en el vapor. Norte América me los ofreció abundantes y elocuentísimos.

El nuevo continente late a un ritmo afectivo, cordial, totalmente nuevo para la vieja Europa.

El Biancamano lleva emigrantes. En la vida misérrima de estos infelices representa el viaje un paréntesis feliz: manteles blancos, buena mesa, cine y concierto a varias horas del día... Es frecuente que lleve algún loco a quien la furia del mar excita y se ven los doctores obligados a aislarlo en una salita acolchonada hasta el techo... lleva algún enfermo para lo que dispone de hospital con un equipo quirúrgico completísimo; puede llevar algún muerto embalsamado en la cámara de cadáveres, hasta el puerto, para no tirarlo al mar... El gran trasatlántico, ¿qué es en suma sino una minúscula representación de la vida, con sus miserias y sus grandezas, sus placeres y dolores?

Una noche nos hemos despertado al faltarnos el arrullo de cuna del balanceo del barco. ¿Qué pasa? Tampoco chirrían con su cantinela habitual las maderas del camarote. Una ruda sinfonía de sirenas atruena el espacio. ¿Estamos parados? Ciertamente. Un aviso radio telefónico nos advierte la presencia de un iceberg de grandes dimensiones, a pocas millas. Dos barcos del servicio oceanográfico, ligeros como el viento, colocados a 20 y 30 millas respectivamente, siguen la dirección del iceberg y la comunican por radio a los navíos cercanos. Es su misión. La niebla es mucha. Poco a poco vamos reanudando el camino. ¿Camino en el mar? El mar los tiene trazados, lectores, en la inquieta y moviediza superficie. Son ese enjambre de líneas sutiles que sobre el mapa mundi confluyen en los grandes puertos. Nosotros hemos seguido una ruta que mañana termina en New York. ¿Por qué sentimos una nerviosidad fina pensando en mañana? No se sabría si tenemos cariño al flotante hotel o impaciencia por dejarlo. De todos modos aún ha de darnos una gran fiesta: la cena del capitán y un espléndido baile.

A ti, curioso lector, que sientes avidez

por estos detalles nimios, que por serlo se callan siempre los que pudieran hablarte de estas y otras cosas, te diré que esta cena del capitán es un banquete alegre, a todo honor, con derroche de vinos exquisitos, flores en las mesas y guirnalda en el regio comedor. Se tira confetti, serpentinas y bolitas de colores, se cubren las señoras con pintorescos sombreros de cartón verde o papel de plata, se arma un estruendo endiablado con cacharros tales como un vulgar sartén con un resorte en el mango y un macito... Se ríe, se goza, con amplio goce infantil, también nuevo para la Europa cargada de prejuicios ancestrales y que allá, en Norte América desbordará de Atlanty City, la playa bizarra, en el cabaret, en las calles, en los espectáculos... Al finalizar el baile en vuestros

camarotes hallaréis un obsequio del Capitán y su tarjeta.

Al día siguiente a media mañana el puerto esta a la vista. ¡New York!

Un puerto grandioso atestado de buques de todos los tamaños y países: «El Bremen», «El Isle de France», «El París», el «Aquitania», los gigantes. Los miramos inocentemente sorprendidos. Por dónde vinieron? Porque es lo cierto que sólo nos cruzamos con el «Conde Grande» al que saludamos jubilosos, ayer, en alta mar.

El Expreso sobre las olas ha llegado. Allá sobre el río newyorquino, el Hudson, que alberga la escuadra americana desde anoche, evolucionan doscientos aeroplanos! ¡Entramos en el país peliclesco de las casas de cincuenta pisos! ¡el rascacielos! Es decir la vida amplificada sobre la cual, con tu benevolencia quisiera decirte algo en otro artículo.

Consuelo Trigo de Azuola

New York, 1930.

Motivos de Año Nuevo

(Viene de la página 60)

Miércoles 14.

Principia la Gran Feria.

A las 12 m.—El estampido del cañón anuncia la apertura del Turno. El repique alegre con las cuatro campanas que pesan 1575 libras, acompañado por nuestra Banda Municipal, nos avisa que estamos de fiesta.

A la 1 p. m.—La tradicional mascarada recorrerá las calles de la población.

A las 3 p. m.—Un largo repique con las sonoras campanas de la famosa casa Buckeye Bell Foundry de Estados Unidos, avisará la llegada de los distritos de San Antonio, San José, Concepción y San Felipe, con sus carretas llenas de leña, arena, gallinas y multitud de otros regalos para el Regio Turno.

Ofir queda donde funden las campanas Buckeye que pesan lo que un racimo de uvas de Canaán. Mirémonos el alma: no es a Nueva York a donde queremos ir; no es a París. Es a Jerusalén.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA: REFRESCOS KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
--	---	---

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Los yanquis trotamundos que vienen de prisa a visitarnos y que, de prisa también—por aeroplano,—regresan a su tierra a escribir para el público lector de Norte América noticias acerca del avance de su civilización en nuestro medio, debieran fijarse, con la humilde atención conveniente a quien tiene algo que aprender, en lo que pasa en San Isidro de Coronado, en el Guanacaste, en el Santuario Nacio-

nal de Nuestro Señor de Esquipulas, y hasta con la Sabana de San José. No dirían entonces, como acaba de decir el mister Raimundo Leslie Buell de la *Foreign Policy Association* de Ofir, pendejadas como la de que en la América Latina se abandona el ideal que interpretó Rodó por abrazar sepa Dios qué *American ideal* (esto es, *ideal yanqui*) del mister Ubaldo Frank.

Persiles

Heredia, enero, 1931.

Estampas

El "home necio" del Arcipreste

= Colaboración directa =

Hoy nos explicamos por qué este *Libro de Buen Amor*, anda tan perdido en sus juicios referentes al dinero. Seiscientos años son una edad bastante considerable. El dinero pudo ser entonces un poder tan avasallador que no diera paz al Arcipreste y éste se vengara poniéndolos en el marco muy dorado que llamó: *Ensiemplo de la propiedad quel dinero ha*. Pero la lectura de esas páginas escarnecedoras no podrá mover hoy a nadie a ningún rencor contra el dinero. Pensar en qué tal *Ensiemplo* cuenta seiscientos años, es ver desbo-arse el tropel de seiscientas razones que condenan por vetusto el juicio del Arcipreste.

¿Cómo, si no es en un siglo de lejanía muy notable, ha podido alguien imaginar al dinero en funciones todopoderosas? El Arcipreste, hombre de ese siglo, habla así:

«Mucho faz el dinero, e mucho es de amar,
al torpe face bueno e home de prestar,
face correr al cojo e al mudo fabrar,
el que non tiene manos, dineros quiere tomar.
Sea un home necio e rudo labrador,
los dineros le facen fidalgo e sabidor
cuanto más algo tiene, tanto es más de valor,
el que non ha dineros, non es de sí señor.»

No podría ningún espíritu sin enconos, que es decir un espíritu moderno, ya se exprese en verso o en prosa, influir al dinero de ese poder tiránico. Hoy el hombre adinerado está relegado en todos aquellos menesteres que puedan inspirar pareceres de cierta elevación austera o siquiera juiciosa. Los adinerados de un país hacen los negocios, fundan clubs, frecuentan las tertulias, presiden los funerales de pompa, viven en palacetes, gastan automóvil, disfrutan de rentas, pero nada más. Mentira que al «home necio e rudo labrador, los dineros le facen fidalgo e sabidor», en esta época en que las capacidades se ven a prueba minuto a minuto. El saber en el orden superior de la vida no se simula. ¿Qué harían los países guiados por el decir del Arcipreste? Estarían improvisando hombres cada vez que un problema dé cualquier orden pidiera el consejo de los mejores. Imposible. El adinerado dentro de su caja de seguridad.

El ejemplo que los gobiernos de todos los países ofrecen es el de postergación del adinerado. Y se le posterga, no por

iniqua, y mucho menos por reacción contra lo dicho por el Arcipreste, sino por el sentimiento bien difundido entre la clase gobernante, de que con el adinerado los problemas nacionales retroceden cincuenta años. ¿Cómo le llegó el dinero a este hombre afortunado que paga con cheques hasta el oficio míni-

mo del limpiador de ropa? Ah!, hay que recordar cuando de seis de la mañana a diez de la noche lidiaba con ebrios y cocineras detrás de un mostrador; cuando cobraba alquileres de casas en los barrios pobres, trapeado porque había goteras, o porque los excusados apesataban; cuando en las plazas de ganado compraba y revendía novillas, toros, caballos, entre boñigas y majonazos; cuando de intermediario jadeaba días enteros en las ventas de tierras y casas. Todos esos comienzos duros hay que recordarlos y darse cuenta de que han sido la médula de estas vértebras que con el transcurso de los años han podido ostentarse en cuerpos respetables, en cuerpos de adinerados. Los gobernantes, gentes despiertas y preocupadas, saben que si en momentos de acudir acudieran torpemente a sentar en torno a la tabla redonda a quienes sólo han tenido tiempo para recoger el real, se verían envueltos en pareceres infantiles. Por esta razón fundamental cuando los negocios públicos están vacilantes, no es al adinerado a quien invitan los gobernantes. De sus

Siete décimas

—Envío del autor. Del libro próximo: *Ruta en Imagen*—

1.—Río

Claridad, fibra y fondo
en contorsión y duda;
parlera, sí, aunque muda
corriente en plano y hondo.
Frágil beso en redondo
—¡estrella, luna, cielo!—
marco sin voz ni velo
ni libertad, ¡oh río,
blanco de azul, bravío
manantial de desvelo!

2.—Blanco

Vibración. Lo finito
descansando en lo eterno:
primavera e invierno
—flores y hielo—en grito.
Lo blanco, sí, en circuito
¡luz, viento, sol y día!
madrugada en porfía
y lucero en desvelo.
¿Blanco o azul? ¡oh cielo
pleno del mediodía!

3.—Tarde

Ruta en imagen! ¿tarde
o mañana en desvelo?
No; mariposa en celo
—nube—en azul cobarde!
Olivar, pino, fuente,
—mariposa y serpiente—
y en luminaria! ¡Río,
espejo, albor de pluma
de la tarde en espuma
lapidada de frío!

4.—Cuadro

Manso, en mi mano, sin vuelo
todo el crepúsculo aquí,
eterno ya, siempre así,
en canción, en luz y anhelo!

¡Qué concreto y con qué celo
espera la luz precisa
para despertar la brisa,
maravilla de instante,
que en su fronda, inmóvil, cante
sin voces ni rumor: lisa!

5.—Estanque

Todo el rumor, en ti, preso,
ya en impaciencia y dintel;
maravilla en punto fiel:
¡luz, cristal, fresca y beso!
¿Onda o quietud? El proceso
en curso se determina;
la curva se afila: ¡esquina,
primero, después se aleja
en geometría compleja
toda ya espejo en retina!

6.—Alba

Oh, sí, curva, ya amable
y en vilo, diluida
hacia color, herida
—oh el viento!—en lo inefable!
¿Parábola? Inmutable
finge voz y se allana
en lejanía urbana
toda la luz y abierta,
por golpe y luz, la puerta
se rinde a la mañana.

y 7.—Imagen en espejo

Espejo, imagen pura
desnuda de artificio,
sin sombra, sin resquicio
de falsa luz: madura.
Sin voz, sin armadura
de concepto: precisa
en el reflejo, lisa
para toda la espera;
abierta, amplia, sincera,
infinita, concisa!...

Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña

Valladolid, España, 1930.

labios se oiría pedir un racero semejante al que aplicaron a sus propios negocios, al que siguen aplicando en la custodia de sus dineros. Eso lo conocen los gobernantes y se guardan bien de caer en el suplicio del adinerado.

Por el contrario, lo que el observador inconforme puede sorprender es el afán comprensivo con que en estos países se busca al hombre que no ha hecho dinero, pero que sí representa un criterio de estudio, de amor resuelto por las cosas de la patria.

No es un hombre hecho en lo que llaman «la escuela de la vida», es decir, en la especulación diaria y desesperada a que obligan los negocios, el andar haciéndolos para ganar dinero, pero en cambio, tiene conciencia de lo que es una patria con su economía y su educación y sus leyes y todo lo que constituye su existencia noble y sin ataduras, libre de compromisos infames. Al adinerado oponen los gobernantes de nuestros países el hombre de preocupaciones superiores, el hombre de estudio, el hombre no práctico en el sentido de no ser un hombre de negocios. Esta circunstancia hace crecer en una recta ascendente a nuestros pueblos. ¿No los vemos así?

El «home necio» escarnecido por el Arcipreste no llega nunca por virtud de su dinero a tener influencia decisiva en el rumbo cierto de un país. Los gobernantes no lo toleran. Está bien en su mundo, pero de sus linderos nadie ha de sacarlo sin recibir la burla y el repudio. Es un sentimiento cruel y si tu-

viéramos arranques combativos, emprenderíamos la lucha por el regreso del adinerado a la dirección de estos países. Y lo haríamos para que los gobernantes comprendieran que sin el adinerado, no hay consejo salvador. Dicen que es hombre de limitaciones profundas, pero ¿para qué las preocupaciones de orden superior, si lo que los países exigen es que se les administre como se administra una finca, una casa, un banco, una pulpería? Pediríamos que cada vez que hubiera necesidad del consejo de los mejores, el adinerado ocupara todos los sitios cercanos al gobernante de modo que su parecer fuera acatado. El Arcipreste pudo pensar que el adinerado era el improvisado despreciable que escalaba funciones destinadas a la virtud y al estudio. Pero el Arcipreste vivió hace seis siglos y al cabo de un período tan largo, nadie va a creer que lo afirmado por él sea la verdad. Sus juicios son severos. En nuestra época debemos pedir a los gobernantes el regreso triunfal del adinerado. Se dice que los pueblos marchan hacia una prosperidad grandiosa por la influencia que cerca de los gobernantes tienen los hombres de estudio, de preocupaciones de orden superior. Sin embargo, no hay que dar mucho crédito a afirmaciones apresuradas. En todo caso, mejor sería el panorama si el adinerado ocupara el puesto de dirección que debe ocupar en el gobierno de cada país. Mayores serían los bienes si los gobernantes inspirados en el odio del Arcipreste, cambiaran esa inspiración por un acatamiento sumiso al genio del adinerado.

temano tenían. Un temor profundo se apoderó de mí de que Raymond Leslie Buell ya tenía las conclusiones a las que deseaba llegar, y quería sólo, para presentar el aparato de una lógica que hiciera fe, poder decir que sumariaba observaciones hechas durante una visita a los países centroamericanos. Los centroamericanos no podemos ser demasiado suspicaces. Se nos ha engañado tanto que todo gesto norteamericano por fuerza nos tiene que parecer de amenaza. El folleto que me has prestado me demuestra que mis temores no estaban infundados. Tiene ese folleto, en su falta de sindéresis, todas las marcas de ser las *opiniones* de Buell pre-opiniones, y sus *observaciones*, buscadas adrede para justificar aquéllas. En otras palabras: Paréceme que Buell vino a Centroamérica con opiniones de previo formadas y sólo en busca de datos o informaciones sobre los cuales basar esas opiniones. Con más claridad aún: Paréceme que Mr. Buell no vino virgen sino que ya tenía preparado su parto y sólo quería legitimarlo.

Si tengo razón, Carlos, ¿cuánto motivo de tristeza hay en eso! Urge tremendamente que nos conozcamos los pueblos de estas Américas, que nos juntemos y nos comprendamos para que nos podamos querer. Cada vez que un norteamericano viene a nosotros y se obstina en no comprendernos, sino que mediante preguntas capciosas nos quiere hacer caer en declaraciones condenatorias para nosotros, nos alejamos más y más de la posibilidad de un mejor entendimiento interamericano, y en nosotros se afirma la creencia de que no es posible entendimiento verdadero y de que no debemos cifrar esperanzas en que se nos entienda *porque no se nos quiere entender*.

Claro que cuando un irresponsable nos pone mal, uno de esos reporteros de *The Sun* de Nueva York, un Cabot Lodge del *Herald-Tribune*, o un cualquiera de los periódicos *Scripps-Howard*, la cuestión es lastimosa pero no tan importante. Pero cuando un Henry L. Stimson o un Raymond Leslie Buell, individuos de gran responsabilidad, vienen y no hacen por entendernos, y sin ápice de vergüenza regresan a los Estados Unidos y publican libros y folletos sobre nosotros en los que campea la incompreensión y en los que se advierte malquerencia o desprecio apenas disimulados, no nos queda más que convencernos de que no nos quieren entender, sino sólo conquistarnos, los norteamericanos.

¿Qué te parece Henry L. Stimson, estadista de gran renombre, verdadero juriconsulto, varias veces miembro de Gabinete del Gobierno de los Estados Unidos, escogido, por el Presidente Coolidge para representante personal suyo en Nicaragua, y que llega a Nicaragua y hace que ha estudiado sus problemas, y dicta resoluciones terminantes para resolverlos, y hace creer que los ha resuelto, y recibe en premio el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Syracuse, y publica un libro editado por casa editora de gran reputación en Nueva York, en el que Nicaragua resulta *república federal*? Dime, honradamente, ¿crees que puede un hombre tan ilustrado como Stimson haber estu-

Juan del Camino

Cartago y enero del 31.

La mala obra de Raymond Leslie Buell

Carta abierta a Carlos Thomson

= Envío del autor. =

Sr. Don Carlos Thomson,
Secretario en la América Latina
de la *Liga de Reconciliación*.
San José de Costa Rica, Centroamérica.

Mi querido Carlos:

Mucho te agradezco el ejemplar del folleto *The Central Americas*, editado por la *Foreign Policy Association* de los Estados Unidos y que contiene los tres artículos publicados dos en el *Times* y uno, en el *Herald-Tribune* de Nueva York y escritos por Mr. Raymond Leslie Buell, *Research Director* (Director de Estudios e Investigaciones) de la dicha *Foreign Policy*. Por mayo del año pasado, en Nueva York, Mr. Buell, a quien conocí entonces, me informó que tenía el proyecto de un viaje de estudio por estas repúblicas del Centro de América y que deseaba que yo le diese cartas de presentación para mis amigos. Sabedor de la influencia que la *Foreign Policy* ejerce en la opinión pública de los Estados Unidos y cómo Mr. Buell, por medio de sus estudios e investigaciones, es, si lo es alguien, quien dirige esa influencia, sentí hondo regocijo al

saber que por fin hombre tan importante quisiera entablar con individuos de Centroamérica el trato personal y el intercambio directo de opiniones sobre que tanto insistimos en la *Liga de Reconciliación* para el logro de un mejor entendimiento de los asuntos que afectan a diversas colectividades humanas. A Buell le ofrecí muchas cartas y aún le dije que inmediatamente les escribiría a mis amigos centroamericanos para que le tuviesen preparado material estadístico que él deseara obtener. Grandemente me sorprendió que Buell insistiera en que yo no le avisara a nadie de su viaje. Las alas se le cayeron a mi esperanza.

Porque los centroamericanos tenemos razón de sobra para sospechar de tantos norteamericanos como nos llegan a cogerlos de improviso, a hacernos preguntas categóricas sobre asuntos trascendentales, a confundirnos con nuevos cuestionarios cada vez, y que después se van de entre nosotros, tan campantes, a construir fantásticos informes, basados sobre declaraciones nuestras hechas al descuido, y en los que llegan a conclusiones que de an-

Mi montaña

Mi montaña
pedacito de ande
es la tapia lírica de mi barrio

por la ventana
desde el corredor
desde el patio

la veo siempre con su vestido azul
remendado de verde—
mi montaña extática enamorada de Dios
tiene los azules sagrados y los verdes
profundos
de todos los lagos de América

de 9 años saboreando ya su color de distancia
garabateaba en los cuadernos de aritmérica
la caligrafía de sus cerros.

F. Amighetti

San José, Costa Rica, Enero, 1931.

nistrativa? Buell no lo dice. Lo que dice a punto y coma seguido es: «pero hay una modestia y una ausencia de ostentación entre la clase de los funcionarios que no existe en países donde hay corrupción en gran escala.» ¿En qué quedamos, Carlos: ¿Hay o no corrupción en la administración de las finanzas de Costa Rica? ¿Qué quiso decir Buell?

Creo que no quiso decir nada. De Costa Rica sólo le interesó hacer el elogio de la *United Fruit Company*. A don Juan del Camino, a quien le he remitido el folleto de Buell, le dejo la tarea de analizar ese punto. Me concretaré a lo que Buell dice de Nicaragua.

«*Nicaragua es la escena de odios partidistas entre Liberales y Conservadores... Este odio en parte explica las revoluciones que han azotado el país y que los Estados Unidos desde 1910 han tratado de suprimir.*»

En primer lugar, Carlos, no es el odio lo que ha fomentado revoluciones. Más cierto es que las revoluciones fomentan e intensifican el odio. Es de suma importancia ese punto. Sobre él gira cuanto haya de hacerse en Nicaragua para reintegrar ese pueblo a la democracia que es posible sólo donde los pueblos no están divididos por odio. Son las revoluciones las que han alimentado ese odio, y larga paz, verdadera paz, es lo que se necesita para que ese odio cese. Si esto es así, se verá con claridad de que carece Buell, que los Estados Unidos son directamente responsables de ese odio ya que ellos han fomentado revoluciones desde 1909. Esto, que Buell debió haber estudiado, no lo estudió. Se contenta con exhibir el salvajismo revelado por el odio entre Liberales y Conservadores nicaragüenses, y, haciendo caso omiso por completo de la ineludible responsabilidad norteamericana en el fomento de ese odio en los últimos veinte años, nos dice la falsedad de que los Estados Unidos han tratado de reprimir esas revoluciones. Porque los Estados Unidos más bien han patrocinado y armado y provocado revoluciones.

«*El Departamento de Estado*», declara Buell escuetamente, «*ha sido muy sensitivo respecto a las situaciones de Nicara-*

gua, por temor de que alguna potencia extranjera pudiese obtener el derecho de construir el Canal de Nicaragua, amenazando así la supremacía norteamericana en Panamá.»

¿Qué fárrago de necedades es ése, Carlos, ¡por Dios!

Bien comprendo, y bien debes comprenderlo tú, que los artículos de Buell no son para Latinoamérica, ni para gente debidamente informada de estas cosas, sino que son para las masas norteamericanas que, careciendo de información, la solicitan. Buell sirve a una institución que se dice encargada de buscar y de propagar esa información deseada. En los Estados Unidos todavía no alcanza a comprender el pueblo por qué su gobierno se mete tanto en los asuntos de Nicaragua, por qué marinos norteamericanos van a Nicaragua a matar nicaragüenses y a que los nicaragüenses los maten. Y hétenos aquí que la *Foreign Policy Association*, por boca de su prestigiado *Research Director*, informa que la inquietud del gobierno norteamericano se debe a que teme que el Japón, o la Gran Bretaña, o Rusia, o Francia, o Italia, obtengan el derecho de construir el canal de Nicaragua, con lo que la supremacía norteamericana en Panamá quedaría amenazada! La explicación puede convencer a los ignorantes y dejarlos satisfechos. ¿Pero crees tú que Buell pueda estar convencido de eso? ¿Crees que esa explicación sea honrada? Tú conoces a Buell mucho mejor que yo.

A mí me parece que Buell, al escribir eso y publicarlo y volverlo a publicar, demuestra, o que es un ignorante que no devenga debidamente su sueldo o que es un perverso que a sabiendas pervierte la verdad.

Los Estados Unidos tienen desde hace quince años seguridad absoluta de que nación ninguna del mundo excepto ellos puede construir el canal de Nicaragua. Para eso desembolsaron tres ridículos millones de dólares, en virtud de un Tratado de opción cuya primera cláusula reza así: «*Art. I.—El Gobierno de Nicaragua cede al Gobierno de los Estados Unidos, a perpetuidad, y para siempre libres de todo impuesto u otro cobro público, los derechos propietarios exclusivos necesarios y convenientes para la construcción, manejo y mantenimiento de un canal interoceánico por vía del Río San Juan y del Gran Lago de Nicaragua, o por cualquiera otra ruta sobre territorio nicaragüense...*»

Carlos, si los Estados Unidos tienen a perpetuidad derechos propietarios exclusivos cuantos sean necesarios y convenientes para la construcción, manejo y mantenimiento de un canal interoceánico por cualquier ruta en Nicaragua, ¿en qué queda la razón que alega Buell para justificar o explicar la actitud inquieta del Departamento de Estado? Y esto, o lo ignora Buell, y su ignorancia lo hace desmerecer como *Research Director* de la *Foreign Policy Association*, o no lo ignora e hizo deshonesto caso omiso de ello.

Deshonesto, Carlos, porque si es cierto que el Departamento de Estado de los Estados Unidos en alguna ocasión ha alegado como justificación para enviar

diado de veras los problemas de Nicaragua y no haberse dado cuenta de que es y siempre ha sido *república unitaria*? Así también cuenta Stimson con evidente horror que vió los hombres del campo de Nicaragua en los caminos, armados de grandes cuchillos, sin haberse tomado el pequeño trabajo de informarse que el machete, pues machete eran esas *armas*, es instrumento de labranza que no símbolo de la ferocidad que nos atribuye a los nicaragüenses, ferocidad sobre la que evidentemente tenía prejuicio formado cuando llegó a Nicaragua. Así es también cómo afirma que en Nicaragua las razas indias desaparecieron, aniquiladas unas, absorbidas otras, de manera que sólo quedan en Nicaragua unos tres mil indios de sangre pura; lo que sin embargo no obsta para que asevere que la intestina reyerta continua de los actuales partidos políticos nicaragüenses se debe a antiquísimos odios entre las diversas tribus aborígenes. Relee su libro sobre *La Política de los Estados Unidos en Nicaragua* y hasta tú, que comienzas a conocernos, lo verás plagado de contradicciones las más absurdas y de falsedades que gritan al cielo; y me dirás si es posible que Stimson haya comprendido nuestros problemas de Nicaragua y haya podido darles justa solución. Sin la preparación necesaria, sin la labor de comprendernos a los nicaragüenses y a nuestros problemas, ¿crees que fué honrado de parte de Stimson emplear despiadadamente la enorme fuerza de su país, como la empleó, para imponernos la solución que no estaba preparado para determinar, aparte de que no tenía derecho justo de ninguna especie para imponer nada? Mi querido Carlos, a Stimson le pueden llover honores en su tierra; todas las universidades del mundo pueden acumular títulos sobre su cabeza y doctorarlo un millón de veces, sin que deje de ser verdad que Stimson hizo mal, y que no fué honesto, y que obró sin conciencia y con crueldad y que mientras siga al frente de la política internacional de su país como principal consejero del Presidente Hoover en su calidad de *Secretary of State* y no cambie de criterio sino que continúe obrando cruel y deshonestamente, los latinoamericanos que deseamos ya una era de buenas relaciones interamericanas desesperaremos de que sean posibles.

Vuelvo a Buell. La asociación que él representó aquí en Centroamérica es de gran prestancia. No vino como particular a ver lo que viera y a decir lo que se le antojara. Pesaba sobre él responsabilidad comensurable con la importancia de la *Foreign Policy Association*. Estaba obligado a buscar la verdad y a exponerla sin ambages. ¿Y qué nos da, Carlos? Un folletillo falto de seriedad intelectual en el que mezcla opiniones tuyas sin valor con datos a veces inexactos, a veces exactos pero insuficientes, con los que pretende respaldar esas opiniones. Y eso no es honrado.

Opinión suya sin valor: «Ha habido mala administración de finanzas en Costa Rica.» ¿Qué querrá decir con esto? ¿Será que a juicio suyo don Cleto González Víquez y su gobierno han carecido de pericia financiera, o de honradez admi-

marinos a Nicaragua el temor de que peligraban los «derechos adquiridos» de los Estados Unidos para la construcción del canal por Nicaragua, también es cierto que al instante gran parte de la prensa de los Estados Unidos desinfló ese globo de mentira y el Departamento de Estado tuvo que echar a volar otros globos. ¿Te acuerdas de aquella serie de explicaciones, ninguna satisfactoria, ninguna inteligente siquiera, que dio Mr. Frank B. Kellogg en 1926 y 1927? Las tres principales de esas explicaciones eran: La defensa de las vidas y los intereses norteamericanos en Nicaragua; la destrucción de la hegemonía bolchevique que México pretendía establecer en Centroamérica, y la defensa de los derechos canaleros. Las dos primeras razones ya no cogen agua, como dicen ustedes en inglés: *Hold no water*. Buell se ha encargado de perpetuar la tercera mentira del Sr. Kellogg, a sabiendas, a mi juicio, de que con esa razón, que el lector corriente de sus artículos no investigará a fondo, se aplacará un tanto la inquietud que la intervención norteamericana en Nicaragua ha despertado.

Buell hace esfuerzos visibles para justificar solapadamente esa intervención, y hay que descubrirlo.

¿Con qué falta de comprensión, de humanidad, de justicia, de vergüenza, ese carajo se atreve a llamar *bandidos* a los defensores de la dignidad de Nicaragua que con las armas y ofrendando sus vidas tienen ya casi cuatro años de mantenerse en contra de los sicarios del gobierno norteamericano! ¿Quién es él para emitir tal juicio? ¿Con qué derecho, cómodamente empoltronado en la *Foreign Policy Association*, ese tu paisano bien comido y bien pagado tras de recorrer con su esposa, viajando con el mayor confort, nuestras tierras adoloridas, se reclina tranquilamente y llama *bandidos* a hombres ungidos por todos los sacrificios y que no una sino que mil veces son superiores a él? Nó; derecho ninguno le asiste. Lo que tiene es deseo de justificar la guerra cruel y bárbara de los marinos contra los patriotas nicaragüenses. El lector norteamericano, que es el que le interesa a Buell, al saber por medio de la respetable y grandiosa *Foreign Policy Association*, por boca de su *Research Director*, que se trata de *bandidos*, acallará toda noble indignación que la verdad pueda despertar en él. Matar esta verdad es el propósito evidente de Buell, y pone en tela de juicio la honradez de la *Foreign Policy Association*. Fíjate en que Buell, hasta cuando expresa que hay («en Honduras», dice, ¡y no es sólo en Honduras!) quienes «consideran patriota a Sandino», explica que es para cambio de armas, y para tomarle «ganado y café robados».

Este punto es importante dilucidarlo, Carlos, porque tú mismo me parece que no tienes idea precisa respecto de si los sandinistas son o no bandidos. A veces los llamas *bandoleros* u opinas que los hay entre ellos, por más que todas tus simpatías estén a favor de los sandinistas, sean o no bandidos. Ahora bien, bandido no puede ser sino quien roba y mata para robar, entendiéndose por

Estos libros le convienen:

R. Tagore: <i>El sentido de la vida</i> (Sadhana).....	€ 4.00
Gabriela Mistral: <i>Desolación</i>	6.00
Simón Latino: <i>Vida de Bolívar para los niños</i>	5.00
Miguel Angel Asturias: <i>Leyendas de Guatemala</i>	3.50
José Asunción Silva: <i>Poemas</i>	4.00
Mariano Latorre: <i>Sus mejores cuentos</i>	4.00
Francisco Madrid: <i>Los desterrados de la Dictadura</i> . Reportajes y testimonios.....	3.50
John Reed: <i>Diez días que conmovieron al mundo</i>	3.50
Fray Juan de los Angeles: <i>Lucha espiritual amorosa entre Dios y el Alma</i>	2.25
Th. Wilder. <i>El puente de San Luis Rey</i> Novela.....	3.50
Cornelio Hispano: <i>Los cantores de Bolívar</i>	6.50
Juana de Ibarbourou: <i>Sus mejores poemas</i>	5.00

robo adquirir o disponer de lo ajeno *ilegalmente* para *provecho propio*. Si no nos ponemos de acuerdo en esa definición, es inútil seguir adelante; pero creo que estás de acuerdo conmigo; y que de conformidad podemos llamar bandidos a tus paisanos que en Chicago y otros lugares forman *gangs* y hacen de tu tierra un escándalo mundial.

Esos matan para robar, y roban porque se apoderan ilegalmente de lo ajeno para provecho personal de ellos. ¿Están en el mismo caso los sandinistas? Tú sabes que no. Tú sabes que matan a quienes obstaculizan su labor de librar a Nicaragua de la ocupación norteamericana. Tú sabes que cuando toman lo que no es de ellos, no es para su provecho sino que en provecho de la patria cuya liberación procuran. Y ello es legal, porque es axiomático en todo el mundo que los intereses de la Patria están por encima

de los intereses particulares. Los Estados Unidos, tratándose de un interés de la Patria, nunca han tenido titubeos para expropiar aun sin previa indemnización lo que sea necesario. Llamar robo esa expropiación es colocarse dentro de una ideología en la cual todas las palabras cambian de acepción, Yo aceptaría que a base de esa ideología se llamara bandidos a los sandinistas, pero a base de esa ideología solamente; y esa ideología dista mucho de ser la en que piensa y discrimina Buell.

Por ejemplo, si asumimos que todo el que tome la vida de otro es un asesino, estaría de acuerdo en que llamáramos asesino a Sandino; pero también a Washington. Yo estaría de acuerdo en que, si roba todo aquel que toma o dispone de lo que es propiedad ajena, llamáramos ladrón a Sandino; pero también a Lincoln. Y mientras a Washington y a Lincoln los coloquemos sobre pedestales y merezcan nuestra veneración, yo he de sostener que miente como canalla quien a Sandino llame bandido. Decir que todos son bandidos los que hacen lo que Sandino, a menos que tengan éxito, es una ironía barata. La ironía siempre es barata. Es zafarse por una tangente. No sólo es barata sino que, en casos de la importancia de éste, es una cobardía. No es por la tangente irónica por donde nadie ha de salirse de este argumento cerrado.

Pero, ¡es curioso! El propio Buell, después de llamar *bandits* a los sandinistas y de referirse al *banditry* (bandidaje) unas seis u ocho veces en casi otras tantas líneas, habla de repente de los *so-called bandits* (aquellos a quienes llaman bandidos) como sugiriendo que no lo son.

Para acabar con lo que él llama bandidaje propone alguna medida econó-



El traje hace al caballero y lo caracteriza

— y —
La Sastrería

LA COLOMBIANA
de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses

Operarios competentes para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R. Teléfono 3283

mica, como por ejemplo, dice, la construcción por los Estados Unidos de carreteras en Nicaragua en las que hallen trabajo los «muchos nativos que se han vuelto bandidos por falta de qué hacer». Carlos, Nicaragua no necesita de la caridad de los Estados Unidos. Horrible es la situación de los sin trabajo en los Estados Unidos. Preocúpese el Gobierno norteamericano de darles trabajo y de ver que no por falta de qué hacer se vuelvan bandidos sus nacionales. Los nicaragüenses lo que queremos es que se nos devuelva nuestra patria. Ya hallaremos qué hacer nosotros mismos.

Como esta carta he de publicarla en *Repertorio Americano* ya es bastante larga. Dejo sin comentario muchísimos puntos de los artículos de Buell. Con lo dicho es suficiente para que veas con cuánta razón lamento que la *Foreign Policy Association* gaste el dinero con

que contribuyen a sostenerla sus socios, en hacer más honda la división entre las dos Américas. Porque se hace más honda, Carlos, esa división cuando se obstaculiza, por medio de opiniones erradas y de falsedades sin justificación ninguna que mitigue su maldad, la labor única salvadora de entendimiento, de mútua comprensión honrada, como la que hace, por desgracia en escala muy escasa, la *Liga de Reconciliación*. ¡Mejor que Buell no hubiera venido nunca! Porque va a ser doble tarea la nuestra, en la *Liga de Reconciliación*, teniendo que deshacer en la opinión pública norteamericana las falsas ideas propaladas por Buell y dar ideas ajustadas a la verdad. Y eso que no digo nada de la mala voluntad, de la irritación, de la indignación que la lectura de los artículos de Buell están provocando en la América Latina. Te abraza fraternalmente,

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica,
a 1.º de enero de 1931.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

De don José del Valle (8.ª Av. Sur. N.º 32, Guatemala, R. de G.), hemos recibido:

Obras de José Cecilio del Valle. Compiladas por José del Valle y Jorge del Valle Matheu. Tomo I. Documentos, manifiestos, discursos, críticas y estudios. Guatemala, C. A. 1929.

No hay más que palabras de encomio para esta obra de cultura y de justicia de los Srs. del Valle. Al fin ya pueden los jóvenes estudiosos acercarse a la fuente del saber del prócer Valle. ¡Cuánto honra este sabio Valle el pensamiento de nuestra América! Centro América con orgullo puede presentarle como uno de sus escritores selectos. Que sigan los otros tomos.

LA COLECCIÓN UNIVERSAL, de que es editora la benemérita ESPASA-CALPE, S. A., de Madrid, ha enriquecido su lista de obras con éstas, salidas en estos días:

S. T. Aksakov: *Recuerdos de la vida de estudiante*. Trad. del original ruso por Félix Díez Mateo.

N. V. Gogol: *El Capote y La Nariz*. Trad. del original ruso por Félix Díez Mateo.

Lamartine: *Las confidencias*. En dos tomos. La trad. del francés ha sido hecha por Josefina Fernanda.

Carlos Dickens: *La vida y aventuras de Nicolás Nickleby*. En dos tomos. La trad. del inglés ha sido hecha por J. Méndez Herrera.

Hay unas ediciones preciosas: Ediciones LA NAVE. Madrid.

En la sección «Crítica» acaban de publicar:

El alma del hombre y otras prosas, de Oscar Wilde. Trad. de Ricardo Baeza.

Corresponde este tomo al 12 de las OBRAS COMPLETAS de Oscar Wilde y al 15 de la bella serie.

En la sección «Novela» acaban de publicar:

Un pequeño héroe, Un trance difícil, por Fedor Dostoiewski. Trad. de Alfonso Nadal.

Corresponde al tomo 11 de las OBRAS COMPLETAS de Dostoiewski y al 16 de la serie.

En la sección «Biografías» acaban de sacar:

Azorin por Ramón Gómez de la Serna.

Corresponde al tomo 3 de la serie BIOGRAFÍAS y al 17 de la serie general.

Ediciones muy bellas.

De los autores:

Jorge Carrera Andrade (Travesía del Carril, 6. Barcelona): *Boletines de mar y tierra*. Prólogo de Gabriela Mistral. Editorial CERVANTES. Barcelona. 1930.

Josefa T. de Aguerri: *Al correr de la pluma*. Crónicas de viaje. Desde Costa Rica y los Estados Unidos de América, pasando por Panamá y La Habana. Managua. 1924.

Antenor Orrego: *El monólogo eterno*: (Aforística). Trujillo, Perú. Perú. Editorial EL NORTE, 1929.

Los grandes autores argentinos:

Nicolás Avellaneda: <i>Discursos selectos</i> ...	4.00
D. F. Sarmiento: <i>Discursos populares</i> ...	4.00
Bartolomé Mitre: <i>Arengas selectas</i> ...	4.00
Carlos Guido y Spano: <i>Poesías escogida</i>	4.00
Almafuerte: <i>Poesías</i> . 2 vols.	8.00
D. F. Sarmiento: <i>Cuatro conferencias</i> ...	4.00
Juan Bta. Alberdi: <i>Autobiografía</i> ...	4.00
Lucio V. López: <i>La gran aldea</i>	4.00
Juan Bta. Alberdi: <i>Viajes y descripciones</i>	4.00
Estanislao del Campo: <i>Fausto</i> y otros poemas selectos.....	4.00
Nicolás Avellaneda: <i>Discursos magistrales</i>	4.00
Juan Bta. Alberdi: <i>Estudios sobre la Constitución argentina de 1853</i>	4.00

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica

Max Henríquez Ureña: *Fosforescencias*. Ediciones ARCHIPIÉLAGO. Santiago de Cuba. 1930.

Rodolfo Gálvez Molina: *Musa Arcaica*.—Poesías, 1929. Guatemala, C. A.

Juan Antigua: *Escritos políticos y sociales*. Madrid, 1930.

Tesis optimistas y vulgarizaciones médicas. Cubano es el autor y sumamente original.

Orestes Ferrara: *El Panamericanismo y la opinión europea*. Editorial LE LIVRE LIBRE. París, 1930.

Homenaje del editor.

Mariblanca Sabas Aloma: *Feminismo*. Cuestiones sociales. Crítica literaria. Editorial HERMES. La Habana. 1930.

Prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring. Palabras de Alfredo T. Quiles. Portada de Román.

Dedicatoria: «A la memoria del que supo ser mi padre, mi maestro, y mi amigo.»

Alberto Romero. (Santo Domingo, 1307. Santiago de Chile): *La viuda del conventillo*.

Lo presenta Ernesto Morales. Buenos Aires. Setiembre de 1930.

Humberto Tejera: *Grecas mexicanas*. México, 1930.

Arturo Chaves Castro: *Método progresivo para el estudio y enseñanza del inglés*. Tomo I. Sauter & Arias, editores. San José de Costa Rica. 1930.

Les Litanies de la Vierge par Armand Godoy. Albert Messein, éditeur, 19, Quai St-Michel, Paris, Prix: 5 fr.

Les Litanies de la Vierge continuent *Le Drame de la Passion* et *Le Brasier Mystique*. Ce sont des prières suaves et ardentes à la Vierge dont elles figurent a la fois les sept plaies et la couronne. Le lyrisme du poète semble ici plus pur, plus dépouillé, et le dessein musiciste s'y réduit volontairement à l'alexandrin qui formant pour chaque attribut de Marie un dizain mystique, s'égale au plainchant.

Predilecciones de Azorín:

Del Panorama Universal: El autor de *Imitación de Cristo*, Pascal, Rousseau, Renán.

De la Literatura Española: Berceo, El Romancero, Fray Luis de Granada, Santa Teresa, Cervantes.

De sus contemporáneos: Rainer-María Rilke, Miguel de Unamuno, André Gide.

Según lo anota Ramón Gómez de la Serna en su precioso libro *Azorín*. Ediciones LA NAVE. Madrid, 1930.

Nos cautiva la lectura del reciente y precioso libro de Ramón Gómez de la Serna: *Azorín*. Madrid. Ediciones LA NAVE.

En la pág. 63 se dice de Azorín en 1888.

Leía cada vez más y por entonces encontró *Las flores del mal*, de Bandelaire, que, según su propia confesión, es el libro que más ha influido sobre él, dejándole, según sus propias palabras, «completamente abstraído»